

S
S
SERVICIO SECRETO

BB



LA NIEVE ES ROJA

john lack

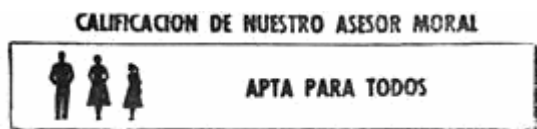
JOHN LACK

LA NIEVE ES ROJA

1.^a EDICIÓN
MAYO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ



DEPÓSITO LEGAL B 9740 — 1982

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOHN LACK - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**,
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1339/62

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

201 — El ídolo no cae.

En Colección BRAVO OESTE:

68 — Era un bastardo.



CAPÍTULO PRIMERO

LA puerta del “Komodie-Theatre”, en el Berlín occidental, se abrió lanzando a la calle el cálido aliento del interior, una bocanada de luz más intensa y a una elegante pareja.

Ella —alta, esbelta y rubia— se cruzó más el cuello del abrigo de piel y hundió las enguantadas manos en los bolsillos. Él, de aventajada estatura, vestido impecablemente de negro, la cogió del brazo y se detuvo en el segundo peldaño de la escalinata, mirando con cierta inquietud a los coches blanqueados por la nieve.

Seguía nevando aún. La calle, los hoteles y los edificios de Kurfürstendamm parecían una estampa navideña. Los espesos copos velaban el resplandor de los faroles y cubrían con su albo sudario la ciudad, amontonándose en los ángulos izquierdos de los portales y contra las ruedas de los coches estacionados frente al teatro.

—Mala noche hemos elegido, Anna —dijo el hombre, prosiguiendo su inquisitiva mirada por los vehículos.

—No hay noches buenas ni malas. Todas son iguales para los que podemos rodearnos de ciertas comodidades —respondió la mujer con indiferencia.

—No lo digo por el tiempo, sino porque no hay nadie que se atreva a transitar por las calles.

—Tanto mejor. Podremos regresar más deprisa al hotel, sin peligro de atropellar a nadie —volvió a decir la mujer con la misma

indiferencia.

—¿Qué te sucede, Anna? Esta noche te comportas extrañamente desde que ocupamos el palco. Siendo tan interesante la comedia, te retiras mediado el tercer acto, pretextando una indisposición.

—Será la jaqueca. Cuando una no se encuentra bien, todo le disgusta.

El hombre hizo un imperceptible movimiento de hombros, como indicando su incomprensión, y presionó levemente a la mujer, terminando de bajar la escalinata e internándose en la acera, bajo la nieve.

Aceleraron los dos el paso y se dirigieron hacia uno de los coches, estacionado a unos sesenta metros de la puerta del teatro. No volvieron a hablar. Ambos parecían preocupados, aunque fuera por distintas causas.

Él soltó el brazo de la mujer, rebuscó en sus bolsillos, sacó un manajo de llaves y procedió a abrir la puerta del coche.

En aquel momento se oyó crujir la nieve. Anna volvió la cabeza. Dos hombres con abrigos oscuros habían salido de entre los coches estacionados, a corta distancia, y se acercaban deprisa por el reborde de la acera.

—Cuidado, Paul —dijo la mujer en voz baja, pareciéndole sospechoso que los hombres no se separaran hacia el centro de la acera.

Paul levantó la cabeza y miró a los desconocidos, al tiempo que uno de estos daba un salto de jaguar y se precipitaba sobre él. El otro saltó hacia la mujer, que lanzó un chillido y echó a correr por la acera, perseguida por el hombre.

Paul no tuvo tiempo de reaccionar. El agresor se aferró violentamente a su cuello con ambas manos. Tenía la fuerza de un orangután y sacudía como un pelele al desprevenido Paul, hincándole los dedos en la garganta.

Quiso la víctima gritar pidiendo socorro y solo consiguió modular un sonido gutural, inarticulado, mientras trataba inútilmente de defenderse.

Entre tanto, Anna corría alejándose del teatro, en cuya puerta acababa de aparecer un joven alto, elegante y de porte atlético. Un coche arrancó en la misma dirección que la mujer. Su perseguidor

resbaló y cayó aparatosamente, dando ocasión a que la joven ganase una ligera ventaja.

El hombre de la puerta del teatro, se dio cuenta de lo que sucedía y corrió en ayuda de las víctimas con decisión. El que intentaba estrangular a Paul, soltó a este, y sacando una pistola del bolsillo derecho del abrigo, le descerrajó un tiro en la cabeza a sangre fría, y volvió su arma contra el intruso, el cual detuvo su carrera, dio un salto y se protegió tras un coche.

El asesino corrió en la misma dirección que su compañero, volviéndose de vez en vez para ver si el intruso seguía animado a participar en aquel asunto a pesar de peligro de morir de un tiro. No le vio, pero creyó oír el ruido de sus pisadas. Seguramente corría por el centro de la calzada.

La mujer gritó de nuevo en petición de auxilio. El asesino saltó a la calzada. Su abrigo oscuro estaba ya completamente cubierto de nieve.

—Sigue corriendo, Anna —gritó el joven de porte atlético.

El asesino disparó contra él. No se le divisaba muy bien a causa de la nieve que le cubría la ropa, y erró el tiro. El joven disparó a su vez sin dejar de correr. También lo hizo con demasiada precipitación para dar en el blanco, algo distante.

El asesino ya no tenía a su alcance ningún coche donde poder parapetarse, y se encontraba en inferioridad de condiciones, yendo armado su enemigo. Entendiéndolo así, echó a correr en zigzag, dificultado por la nieve que alcanzaba unos treinta centímetros de espesor.

El coche que había salido en persecución de Anna subió a la ancha acera e iba acortando rápidamente la distancia que le separaba de la fugitiva. Alcanzó al perseguidor, el cual subió en el estribo.

El joven de porte atlético disparó dos veces consecutivas contra el asesino. El segundo proyectil alcanzó al criminal en la espalda. El hombre detuvo su carrera, se tambaleó un instante, y dio media vuelta, comenzando a disparar rabiosamente contra su perseguidor, el cual se arrojó al suelo y contestó al fuego.

Alcanzado de nuevo, el asesino se estremeció violentamente, al tiempo que se oía un grito de pánico de la mujer.

El estridente silbato de un policía nocturno sonó rabiosamente

por una de las calles transversales. El herido no pudo disparar. Le fallaron las fuerzas. Las rodillas se le doblaron y cayó arrodillado, hundiéndose en la blanda nieve.

Aún hizo un nuevo intento de vengarse, pero los músculos del brazo armado no le obedecieron, sintió el vértigo de la muerte y cayó hacia delante, enrojeciendo la nieve con sus heridas.

El joven prosiguió su interrumpida carrera y pasó por su lado sin que el asesino intentara reaccionar. Yacía inmóvil, tal vez muerto, y los copos caíanle con fría indiferencia sobre las espaldas.

Anna volvió la cabeza y vio, empavorecida, que el coche distaba solo unos metros de ella. Calzaba zapatos de tacón alto y era un verdadero milagro que no hubiera sufrido ninguna caída. La nieve se le había adherido a la suela, rellenoando el puente, apelmazada cual si se tratara de hielo, y le pesaba tanto como si fuese de plomo.

Al ver tan cerca a sus enemigos, lanzó un grito de terror y, sacando fuerzas de flaqueza, quiso forzar más su carrera. Al hacerlo, resbaló y cayó cuan larga era. El coche frenó. El hombre que marchaba al estribo saltó a la acera y corrió hacia la mujer.

Anna se levantó con más celeridad de lo que cabía esperar, corrió unos pasos y cayó de nuevo. En el momento en que se incorporaba, la alcanzó su perseguidor y la asió con fuerza del brazo izquierdo. Ella se revolvió como una fiera. El coche avanzó lentamente hasta su lado.

El joven que corría en pos de los agresores disparó su pistola. La bala pasó a escasa distancia del aprehensor de Anna, el cual se agachó instintivamente. La mujer chilló de nuevo. Dos hombres que ocupaban el interior del coche golpearon con los cañones de sus pistolas la ventanilla posterior, haciendo añicos el cristal, con el consiguiente estrépito.

—¡Defiéndete, Anna! —gritó el joven disparando de nuevo, esta vez contra el vehículo, para no herir a la mujer.

La joven rubia dijo algo, pero las detonaciones que partieron simultáneamente del auto ahogaron su voz. El elegante defensor se hundió en la nieve al echarse al suelo. Anna creyó que le habían matado y lanzó un grito de angustia, interrumpido por la manaza de su aprehensor.

Los fogonazos de las armas relampagueaban siniestramente. El

policía nocturno seguía sembrando la alarma con su silbato, que se oía cada vez más cerca.

Anna dio un rabioso mordisco en la muñeca del hombre, arrancándole un juramento y obligándole a soltarla. Aprovechó la ocasión para intentar huir, pero el desconocido, medio hundido como estaba en la nieve de la acera, se arrojó en plancha hacia ella, logrando hacer presa en sus piernas y derribarla cuan larga era.

El policía alemán apareció corriendo por la calle transversal, llevando en la mano izquierda una linterna eléctrica que apagó, temiendo sin duda atraer los disparos de los secuestradores.

Desde el suelo, el defensor de Anna seguía disparando, pero la oscuridad, era demasiado grande, y aunque sobre la nieve destacaban los bultos del vehículo, de Anna y de su enemigo, no era capaz de divisar y hacer estallar los neumáticos, que era lo que pretendía. Y una de las veces que apretó el gatillo, comprobó con rabia que se le habían terminado las municiones.

También vio que el bulto formado por Anna y su aprehensor se acercaban al coche. Sin duda la había dejado sin sentido asestándole algún golpe, porque arrastraba su cuerpo.

Con una rabia impotente, el joven se levantó de la nieve y comenzó a correr en zigzag hacia los secuestradores, exponiéndose a recibir un balazo, pero inmediatamente el vehículo se puso en marcha y el desesperado joven optó por volverse corriendo hacia el teatro, gritando al policía con voz seca y autoritaria:

—Telefoneé a todos los puestos de control aliados. Hay que impedir que se la lleven al sector ruso. ¡Yo les perseguiré!

La acera del teatro estaba ahora ocupada por unos cuantos empleados del local, que se comportaban como simples curiosos. El policía se sintió intimidado por la conminatoria orden, y corrió también en aquella dirección, sin pensar siquiera en interrogar al joven. Este alcanzó su coche, lo puso en marcha y arrancó con evidente nerviosismo, haciendo que el auto diera unas cuantas sacudidas, a punto de calársele el motor, tan deprisa quiso acelerar.

Los focos de carretera iluminaron al coche fugitivo. Llevaba matrícula del Berlín occidental, pero muy bien podía ser falsa. El hombre pisó a fondo el acelerador, hendiendo el níveo manto, sin parecer importarle las funestas consecuencias de un patinazo a tal velocidad.

También los raptos marchaban a gran velocidad por Kurfurstendamm en dirección a Budapest Strasse y al Zoo. El joven pensó que intentarían pasar a la zona soviética por Potsdamer Platz o bien por Unter der Linden, y calculó que tendría tiempo de alcanzarles antes de llegar allí, si mantenía aquella velocidad.

De pronto, unos metros antes de llegar a la esquina de Joaghimsth Strasse, lanzó una imprecación y frenó violentamente.

Un enorme coche negro salió de aquella calle y sin respetar las reglas de circulación, se cruzó delante del coche perseguidor, girando al tiempo que frenaba e interrumpía el tráfico.

Sucedio lo irremediable. El auto del joven patinó en la nieve, se deslizó hacia la derecha de la calzada, embistió el costado del cochazo negro con un seco golpe metálico y dio una trágica voltereta, yendo a chocar de nuevo contra la casa de la esquina, con gran estrépito.

—Eres idiota, Franz. Nos habrá descacharrado y no podremos escapar —dijo un hombre que iba en el asiento posterior del coche grande, dirigiéndose al conductor.

—Prefiero esto a los tiros. Siempre dan mal resultado. En el peor de los casos, habríamos cometido una imprudencia, que no es un grave delito —replicó el llamado Franz, intentando arrancar.

El vehículo respondió. Las abolladuras que había sufrido solo producían un roce en la rueda posterior derecha.

—Hemos tenido suerte, después de todo. Creí que me iba a romper la cabeza contra la portezuela. Ese no ha tenido tanta suerte, y dudo que lo pueda contar —volvió a decir el del asiento posterior, contento de poder escapar.

Las ruedas del coche siniestrado, todavía giraban velozmente en el aire. Era el único signo de vida que se apreciaba en él. Se alejaron los promotores del siniestro por Budapest Strasse, internándose después en el Tiergarten, más allá del Zoo, y la Kurfurstendamm quedó sumida en la semioscuridad y en la soledad por unos minutos. Las ruedas acabaron por dejar de girar en el aire y los copos de nieve las fueron cubriendo suavemente, lo mismo que al chasis.

Luego se abrió una ventana, y otra y otra. Algunas cabezas se asomaron cautelosamente al comienzo, y con curiosidad después. Los vecinos cruzaron algunas palabras, que podrían ser resumidas

en: “No hay peligro, se trata de un accidente”.

Algunos se vistieron apresuradamente y bajaron a la calle. Alguien telefoneó a la Policía, pero un coche patrullero se presentó allí por casualidad cuando ya los vecinos habían sacado de entre los restos al joven del teatro, trasladándolo a la portería de una casa inmediata. El hombre presentaba una herida en la frente y no daba señales de vida. A nadie se le ocurrió auscultarle, ni apenas tuvieron tiempo. Un sargento y dos agentes uniformados invadieron la portería, inquiriendo el primero con voz conminatoria:

—¿Dónde está ese hombre? —los vecinos se separaron, quedando el inanimado cuerpo a la vista del sargento, quién siguió inquiriendo—: ¿Muerto?

—Eso parece —replicó un vejete a quien le asomaba el pantalón del pijama por debajo del grueso abrigo.

—Cuénteme cómo ha sido. Tome nota, Scheweiter; y los nombres también.

Se agachó junto a la víctima, le miró un instante la herida de la frente, y debiéndole parecer insignificante para causarle la muerte, le levantó la cabeza en busca de alguna otra herida, que no apareció.

Solo entonces se le ocurrió aplicarle el oído sobre el corazón.

El vejete que hablara antes estaba contestando a las preguntas del agente Scheweiter. No sabía cómo ocurrió el accidente. Le despertó el estruendo del coche y se levantó a ver qué pasaba, no atreviéndose a abrir la ventana hasta que estuvo seguro de que no corría peligro. Entonces descubrió los restos del automóvil y bajó a prestar auxilio. Pero se veían las huellas de otro coche contra el que debió chocar aquel, pues la nieve estaba barrida a trechos hasta la acera, y si el vehículo hubiera volcado al chocar contra la casa no estaría tan pegado a ella.

Entretanto, el sargento registró al herido en busca de su documentación.

—¡Vaya! —exclamó—. Capitán George K. Keepler, del Ejército norteamericano. Y vive. Pida una ambulancia urgentemente, Scheweiter. El mismo herido se encargará de contarnos cómo ocurrió.

—Es inútil. Han telefoneado ya estos señores, y seguramente

mandarán una ambulancia. ¿Lo hago a pesar de todo?

—Sí, y ustedes pueden volver a sus casas.

Solo se quedó el portero. El sargento prestaba mayor atención al herido desde que conocía su identidad. Sospechaba que el choque no había sido casual, y optó por salir a la calle y estudiar bien las huellas de la nieve, como había hecho el vejete.

Apenas había llegado junto a los restos del vehículo, quedó iluminado por los faros de dos coches, que no tardaron en frenar allí mismo. Eran una ambulancia y un coche policial; del que se apeó el capitán Hunt seguido de dos tenientes.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo, cuadrándose—. Pasábamos por aquí en misión de patrulla y...

—Un hombre joven y armado, ¿no? —le interrumpió el capitán Hunt.

—Sí, el capitán norteamericano George K. Keepler. Creo que su herida es leve.

—Está bien, sargento. Desentiéndase de este asunto. Me encargo yo de él. Más tarde me pasará personalmente un informe por escrito.

El sargento quedó cortado por la respuesta. No era habitual aquella forma de proceder y se reafirmó en su idea de que los rusos no eran ajenos a la colisión de los coches, que no podía tratarse sino de un atentado frustrado. Con esta convicción, saludó militarmente, llamó a sus hombres, montaron en su coche y se alejaron, al tiempo que el americano era transportado a la ambulancia.

CAPÍTULO II

—¿QUIERE decir, doctor Priman que el capitán está fuera de peligro? —se extrañó el coronel John B. Dawson, jefe del Servicio de Información yanqui en Berlín.

—Exactamente eso, coronel. Ese muchacho tiene la cabeza más dura que la carrocería de su coche. Mañana se habrá repuesto de la conmoción que sufre y podrá reanudar sus actividades. ¿Desea verle?

—Sí, desde luego. A eso he venido al hospital.

—Le acompañaré.

—Gracias. Se trata de una visita oficial. ¿En que sala se encuentra?

—En la 10, a la derecha, al final del corredor. Hasta luego, coronel.

El director del Hospital Militar volvió a entrar en su despacho y el coronel Dawson siguió por la galería en la dirección que le habían indicado. Era joven aún: unos cuarenta y cinco años, de paso firme y atlético.

Abrió la puerta de la salita número 10. Al verle entrar, un enfermero saludó militarmente y abandonó la estancia. Dawson avanzó hasta la cama del herido, que le miraba sonriente, con la cabeza vendada y hundida en la almohada.

—Tendrás que decirme con qué te has tratado la cabeza para tenerla tan dura, George, ¿con manganeso? —dijo el coronel, sonriendo.

—No estoy muy seguro de no habérmela roto. Al menos, me duele horribilmente. ¿Lograron detener a los secuestradores?

—¿Quién era ella?

—Anna Grossmann, ¿se acuerda?

El coronel Dawson había aprendido algo al frente del Servicio de Información militar en Berlín, a no asombrarse de nada. Pese a ello arqueó las cejas y no ocultó su estupor al decir:

—¿No sufres alucinaciones, muchacho? Tal vez los muertos puedan ser raptados, pero no van al teatro ni corren y chillan.

—Comprendo su extrañeza, señor; pero era ella, estoy seguro.

—No puedo creerlo. De lo contrario, se hubiera presentado en el Cuartel General o se las habría arreglado de cualquier manera para comunicar con nosotros y particularmente contigo, citándote en cualquier parte.

—Sé lo que me digo, coronel. Estaba en un palco del Komodie con un desconocido y nuestras miradas se cruzaron varias veces. Estaba nerviosa y abandonó el teatro antes de terminar.

—¿Él es el que asesinaron a la salida?

—Sí. Yo maté al asesino. Le pegó un tiro en la cabeza a sangre fría y...

—Me han informado de eso. El acompañante de esa mujer que tomas por Anna Grossmann estaba indocumentado. Se ha publicado su fotografía en la prensa matinal, pidiendo a quien le conociera que se presentase a identificarlo. ¿No le quitarían la documentación sus asesinos?

—No. Salí yo detrás de ellos, y les vi forcejear. Además, se la hubieran encontrado en los bolsillos del otro muerto. ¿También indocumentado?

—No. Otto Schmit, de Stettin, obrero metalúrgico, 46 años. Documento de identidad extendido en la Oficina número 3, en el sector francés. Es cuanto conocemos hasta ahora acerca de él.

—Pedí a un policía nocturno que telefonara a todos los puestos de control para que impidieran el paso de los raptadores al Este. ¿No lo hizo? ¡Pobre Arma!

—Se comunicó a todos los puestos. Ningún coche de esas características pasó al sector ruso, al menos con una mujer raptada. Estoy en condiciones de asegurarlo, George. Eso, no quiere decir que no se hayan valido de uno de sus habituales trucos para atravesar la frontera.

Guardaron silencio los dos hombres. Después, a petición del coronel, el capitán Keepler le contó cómo se produjo la colisión con

el coche que, sin duda, tenían preparado los secuestradores para cubrirles la retirada.

—Encargaré de este asunto al teniente Randall, que ha hecho ya algunas gestiones. No sabía que se tratara de Anna, y que tú tendrías interés en dar nuevamente con su paradero.

Sonreía irónicamente.

—No cree una palabra sobre lo de Anna, pero le gustaría que me encargara de este asunto. ¿Acierto? —dijo el herido con audacia.

—Sí. El doctor Priman asegura que mañana estarás como nuevo. Claro que, quizá prefieras unos días de convalecencia.

—Consiga del doctor Friman que me deje salir ahora mismo. Yo lo he intentado en vano.

—Y yo no lo intentaré. Es la única manera de que repases. Hasta mañana, George —sonrió el coronel Dawson, alejándose hacia la puerta con evidente buen humor.

Al pasar frente al despacho del director del Hospital, abrió la puerta un poco y asomando la cabeza, sonrió.

—Hasta luego, amigo Friman.

El doctor se levantó, pero ya el coronel caminaba con recias pisadas por la galería.

—¿Cómo lo ha encontrado, coronel? —preguntó asomándose a la puerta, intentando entablar conversación.

El militar volvió la cabeza y, sonriendo, la movió afirmativamente, sin detener el paso. Su coche oficial le esperaba en la puerta. Se dirigió al edificio aliado de control, donde tenía sus oficinas. Subió en el ascensor. Había perdido su aspecto risueño.

—Le esperan Koliev y Randall —dijo el capitán ayudante al verle entrar en el antedespacho.

Ni respondió ni saludó. Pasó al despacho. Estaban allí los dos hombres. El ruso, sentado en un cómodo sillón y fumando tranquilamente. Tendría unos treinta años, moreno, alto y fuerte. Vestía discretamente un abrigo muy oscuro y un traje del mismo color. El sombrero estaba sobre el brazo del sillón. Era un ucraniano.

Durante la pasada guerra había formado parte de las guerrillas que lucharon en su país al lado de los Ejércitos germanos, y

después de la derrota logró escapar de un campo de concentración, pasando al Berlín occidental y poniéndose al servicio de los americanos en la actividad espionística, en la que había prestado señalados servicios.

El teniente Randall iba vestido de uniforme en aquel momento y se paseaba inquieto por el amplio despacho con las manos a la espalda. Era rubio claro y de cara aniñada pese a haber cumplido los veintiocho años. Era de estatura mediana y delgado, aunque bien formado.

—¿Algo nuevo, Randall? —inquirió el coronel arrojando su gorra certeramente sobre el asiento de un sillón mientras se dirigía sin detenerse hacia su mesa de trabajo.

—En la oficina número 3 no se ha extendido el documento de identidad del tal Otto Schmit. Es falso, como ya suponíamos.

—¿Algo más?

—El otro muerto ha sido identificado por uno de los camareros del “Nollendorf Hotel”. Me he presentado allí. El empleado del *comptoir* ha reconocido también en la fotografía, del muerto a uno de los huéspedes llamado Paul Lethermann. Ni él ni su esposa han pernoctado allí anoche. Se supone que su mujer es la raptada.

—Interesante. ¿Cómo se llama ella?

—Catherine Lethermann. Los dos americanos, según consta en sus pasaportes. Llegaron hace tres días procedentes de París en un coche propio.

—De París o del infierno. ¿Registró sus habitaciones?

—Sí. Ningún documento, como no sea un talonario de cheques a nombre de él, del Deuchtlund Bank. Aunque se presentaron como matrimonio, ocupaban dormitorios diferentes de dos departamentos contiguos.

—¿Incomunicados?

—No, señor. Tienen una puerta interior de comunicación. El equipaje es el normal de una pareja que viaja en coche. No he ido al banco a informarme del estado de la cuenta y cuándo fue abierta. Deseaba la autorización de usted.

—Bien. Hágalo y averigüe cuanto pueda sobre esa mujer. ¿No ha encontrado ninguna foto suya?

—Ninguna. Me pareció un poco extraño, pero es así.

—Mejores noticias que las mías Al menos, más positivas —intervino el ruso Koliev.

—¿Habló con Ruchenko? —le preguntó el coronel.

—Sí. Acudió a la cita. Oficialmente no tiene noticia de ningún secuestro. Me ha prometido mover todos los hilos necesarios para enterarse. Quizá podamos adelantar más ahora que conocemos el nombre de la mujer. Iré a comunicárselo.

—De acuerdo. Si la puede localizar, que haga lo humanamente posible por obtener una fotografía.

Dando por terminada la conversación, el ruso se alejó, recogió al paso su sombrero y se lo encasquetó aun antes de llegar a la puerta.

—¿Habló con el capitán Keepler? —preguntó Randall. Viendo que el coronel afirmaba con la cabeza, añadió—: ¿Intervención casual?

—No. Mañana se encargará él de este asunto. Tiene un interés particular. Usted le ayudará. Temo que es más complicado de lo que suponíamos en un comienzo. ¿Recuerda a Anna Grossmann? Keepler sostiene que la mujer raptada es ella misma.

—¡Imposible! —exclamó vivamente el teniente.

—Eso mismo me parece a mí. Teníamos abrumadoras pruebas de su fusilamiento hace ahora un año; pero George dice estar seguro, y nadie la podría reconocer mejor que él.

—En sus habitaciones del hotel tiene una fotografía dedicada por Anna. La recogeré ahora mismo y...

—Se la enseñará a los empleados del Nollendorf por si la reconocen como la señora Lethermann.

—Exactamente.

—Comuníqueme la respuesta por teléfono.

El teniente Randall salió precipitadamente. Dawson descolgó el microteléfono y marcó un número.

—Con Ernest —dijo—... Bien, avísele... Hola, sí, el mismo. Me interesa una entrevista con K... Lo antes posible... Donde él pueda y a la hora que le venga mejor. Es urgente... Bien. Haga lo que pueda.

Colgó, estuvo un momento sumido en sus reflexiones, inmóvil, y después dijo por el dictáfono, a su capitán ayudante.

—Tráigame el dossier de Anna Grossmann, Tiers.

* * *

—¿Conoce a esta mujer?

El camarero contempló la fotografía que le mostraba el teniente Randall, y respondió sin vacilar:

—Sí, es mistress Lethermann, la esposa del muerto.

—Fíjese bien. Quizá se trate de un simple parecido.

—No, teniente. Estoy seguro. Esta señora es la que ocupaba la habitación 19 —dijo el camarero con firmeza.

Randall se dirigió al *comptoir*. También el empleado del registro estaba seguro sobre la identidad de la señora Lethermann. El americano telefoneó la respuesta al coronel desde el mismo hotel, y marchó después al Deuchthland Bank.

Paul Lethermann tenía en su cuenta corriente tres mil doscientos dólares de un total de cuatro mil con que la había abierto tres días antes, por medio de una carta de crédito de la Banque du Sud-Ouest, de París.

Randall tomó nota de la carta de crédito del banco francés y regresó al despacho del coronel Dawson, comunicándole sus gestiones.

—¿Ha comparado la firma de Catherine Lethermann en el registro del hotel con la estampada al pie de la dedicatoria?

—No pensé en ello. Aquellos hombres estaban muy seguros de la identidad de la mujer.

—Regrese allí y compárelas. Usted, Tiers, ponga una conferencia a París, a la Banque du Sud-Ouest y confírmeme esa carta de crédito, si la operación la realizó directamente el interesado, y en tal caso, póngase en contacto con las autoridades aduaneras francesas para localizar la entrada del matrimonio Lethermann en aquel país, fecha, buque o avión de llegada y procedencia.

Repiqueó el timbre del teléfono. Dawson descolgó, inquiriendo maquinalmente:

—¿Quién?... Hola, sí. ¿Habló con K...? De acuerdo. Seré puntual.

Colgó. El teniente Randall ya se había retirado. El capitán

ayudante salía en aquel momento del despacho. El coronel cerró el dossier de Anna Grossmann, se levantó y lo guardó en la enorme caja fuerte empotrada que había detrás de su mesa de trabajo. Parecía preocupado. Encendió un cigarrillo y se puso a pasear por el despacho.

* * *

George K. Keepler se revolvió inquieto en su lecho, e intentó alcanzar el paquete, de cigarrillos que tenía sobre la mesita. El enfermero, que estaba sentado en un sillón a corta distancia, se levantó apresuradamente, cogió el paquete, empujó uno de los cigarrillos presionando el fondo y se lo ofreció al herido.

—¿Acaso cree que no tengo manos? —gruñó cogiendo el cigarrillo.

El enfermero limitóse a sonreír y a encender su propio mechero, ofreciéndole lumbre. Luego tomó otro cigarrillo del paquete del oficial y lo encendió con mucha frescura, diciendo:

—Cumpla órdenes, y a veces tienen su compensación. “El capitán Keepler tiene que guardar reposo absoluto y tú te encargarás de ello. No le perderás de vista ni un minuto, ¿entendido?”

Lo había dicho con acento grave, imitando bastante bien la voz del doctor Friman. Después completó la frase con un gesto y un amplio movimiento de manos y fue a repantigarse nuevamente en el sillón exagerando el deleite que le producía el cigarrillo.

Keepler no le hizo caso. Tampoco le hacía la menor gracia. Se puso a pensar en Anna. No había dejado de pensar en ella desde que recobró plenamente el conocimiento aquella madrugada y recordó los sucesos de que había sido un mediocre actor.

Hacía un año que desapareció la bella joven y que una serie de informes convergentes les convencieron de su fusilamiento por las autoridades alemanas orientales. Todos los informes eran fidedignos y procedían de los agentes que tenían los americanos en la zona soviética germana.

Aquella muerto había sumido a Keepler en la desesperación. Amaba apasionadamente a Anna y habían concertado contraer matrimonio al comienzo de la primavera, proyectando pasar el permiso en Estados Unidos. En aquel año no había conseguido

olvidarla. Era muy difícil olvidar a Anna cuando había pasado horas tan felices a su lado.

La conoció en un acto de servicio, en el Berlín oriental. Estaba citado con un obrero alemán en un café de la antigua Belle-Alliance Platz, cuando la vio sola, en una mesa de la terraza. Era tan bella e interesante, que Keepler olvidó que debía pasar totalmente inadvertido por la seguridad suya y la del obrero que esperaba, y se las arregló para sentarse en su misma mesa y entablar conversación con ella.

La verdad es que Arma apenas le hizo caso, y seguramente hubiera fracasado en su intento de conquistarla o al menos de trabar amistad con ella, a no ser porque tres agentes de la Volkspolizei llegaron en un coche y se dirigieron directamente hacia la mesa que ellos ocupaban.

La joven palideció un tanto, y sus manos se movieron inquietas por debajo de la mesa.

—Parece que la vista de esos tres policías la han puesto un tanto nerviosa —dijo Keepler, por decir algo y combatir su propio nerviosismo.

—Es usted mal observador —respondió ella, sonriente por primera vez.

—En cambio, yo reconozco que la vista de un uniforme me pone malo, sin saber por qué —rio él, con acento intranscendente, aunque no estaba nada tranquilo.

Disimulando su inquietud, los dos observaban discretamente a los policías soviéticos, confiando en que sería pura casualidad que caminaran directamente hacia ellos. Pero no, la actitud desconfiada de los agentes y las precauciones que tomaban eliminaban todo factor casual, como también el hecho de que hubieran parado el coche sin ninguna vacilación.

George vio que la hermosa rubia se apretaba el bolso contra la falda, en cuyo interior tenía la diestra, tapada con la otra mano. Los policías ya estaban muy cerca. Por su actitud no dudó de que iban a detenerle. Pensó que el obrero que esperaba habría sido detenido y le habría denunciado, y no estando dispuesto a dejarse aprehender así como así, se desabrochó el botón de la americana para tener más facilidad de empuñar la pistola que llevaba en un bolsillo interior especial.

—¿Eres Anna Grossmann? —preguntó uno de los agentes, adelantándose hasta la bella rubia, mientras los otros se situaban estratégicamente a corta distancia, con las diestras en las culatas de sus pistolas.

—¿Qué quieren?

—Quedáis detenidos.

—¿Por qué? —inquirió, más serena que nunca.

—Por sabotaje a la Revolución y al pueblo.

—¡Ah...! El hecho es que no me llamo Anna Grossmann. Puede comprobarlo por mi documentación.

Al tiempo que decía esto, retiró la mano izquierda de su falda y apareció la diestra empuñando una pistola, que vomitó fuego inmediatamente.

El policía que le había comunicado su detención, lanzó un grito que más asemejaba un aullido, y se tambaleó, cayendo sobre la mesa, que arrastró en su caída, al tiempo que los otros dos policías tiraban de sus armas, y con gran celeridad aparecía otra pistola en la diestra del capitán Keepler, que le metió un balazo en la cabeza al policía soviético que tenía más cerca.

El otro tampoco tuvo tiempo de disparar. Anna era endiabladamente segura en el manejo de las armas y disparó con gran sangre fría contra él, alojándole la bala en el corazón, y murió en el acto.

—Venga, Anna. Tengo un coche aquí cerca —dijo George, cogiéndola de un brazo y abandonando rápido la terraza del café.

Ella no ofreció resistencia, y dijo mientras corrían:

—Le agradezco su intervención. Tres hombres armados contra una, es mucha diferencia. Si piensa pasar así como así a los sectores occidentales, se equivoca. La mitad por lo menos de los que había en el café, se prestarán voluntarios para declarar en contra de nosotros, si llega el caso, y avisarán corriendo a la Policía. Les estarán telefoneando ya, y reforzarán la vigilancia en los puestos de control.

—Poco valora a sus compatriotas.

—Conozco bien a los que frecuentan ese café. No es que puedan ver a los rusos ni a sus lacayos, pero tratan de congraciarse con ellos por miedo o por interés.

Seguían corriendo. El coche del capitán Keepler estaba aparcado en Friedrichstrasse, frente a una casa derruida parcialmente por los bombardeos. Llegaron a él sin volver a hablar. Se sentaron en el *baquet*, y el americano estableció contacto, poniendo el motor en marcha, mientras ella miraba a la gente correr presurosa por Belle-Alliance Platz, hacia el café donde habían caído acribillados los policías orientales.

—¿Dónde pretende llevarme? —preguntó Anna, sin dejar de observar la plaza, que quedaba algo retirada.

—Al sector americano. ¿Por qué querían detenerla? ¿Qué ha hecho?

—Ya lo ha oído usted: sabotear a la Revolución y al Pueblo. Es una acusación que emplean profusamente —sonrió despectiva.

—Pero, ¿tiene fundamento en el caso de usted?

—Tal vez.

—¿Qué puede hacer una mujer contra una “revolución y un pueblo” Anna?

—Eso digo yo, la mujer es un ser débil por naturaleza. ¿Qué puede temer nadie de una mujer?

El capitán Keepler la miró, pareciéndole que sus palabras iban cargadas de ironía. El coche había arrancado, aumentando rápidamente la velocidad por Fricdrichstrasse.

—No intente cruzar el puesto de control de Potsdamer Platz. Quizá por Unter Den Linden —dijo ella, con una tranquilidad extraordinaria.

—Allí me dirijo. Creo que llegaremos antes de que hayan sido informados de la muerte de esos hombres.

—Si vemos que han reforzado la guardia, tome una dirección cualquiera y le indicaré un escondite seguro, aunque tendríamos que abandonar el coche.

—Eso sería lo de menos, con tal de no vernos ante un piquete de ejecución.

—Usted es americano y no debe temer que lleguen hasta ese extremo. Los rusos les ladran mucho, pero es porque les temen. No se atreverían a matar a un americano; al menos, declarándolo oficialmente.

—Estoy convencido de ello, pero un mal día uno desaparece y

nadie vuelve a saber nada de él. Los rusos juran y perjuran no tener la menor noticia del desaparecido, ¿cómo acusarles de su muerte?

—Es cierto, pero de eso sabe más la población civil, inerme e indefensa ante sus verdugos, de eso sé yo también bastante. Y es una vergüenza que el mundo civilizado lo sepa y lo consienta.

Se habían endurecido las bellas facciones de Anna Grossmann, tomándose sombrío su acento. El americano la miró de reojo. Los verdes y preciosos ojos de la joven fulguraron con destellos metálicos. Su expresión era de odio.

Quiso hacerla alguna pregunta, pero llegaban a Unter den Linden y tuvo que prestar atención al volante y después mirar hacia el puesto de control soviético. Todo le pareció normal. Quizá habían tenido la suerte de que desconocieran aún la muerte de los policías.

—¿Seguimos, Anna? —preguntó.

—Sí.

—¿Y la documentación de usted? ¿No habrán dado una orden general de detención?

—Hace meses que la dieron, pero Anna Grossmann no existe; no ha existido nunca más que en mi imaginación y en la de ellos; es un nombre de guerra.

—Pero conocen sus señas particulares, de lo contrario, no hubieran ido directamente a detenerla.

—Una no es un fantasma, y no se puede esfumar cuando le interesa. De todos modos, la llegada de la Policía se ha debido a una confidencia.

Parecía segura de lo que decía. El capitán Keepler no insistió. Tampoco podía hacerlo. Estaban llegando a la barra. Los soldados soviéticos estaban controlando la documentación de un coche, detrás del cual tuvieron que detenerse los fugitivos.

Ambos se miraron en silencio, exteriorizando su temor de que aquella parada les pudiera ser fatal, pues era proverbial la lentitud de los rusos en controlar el paso de vehículos y personas de un sector a otro, y en un instante podía llegar por teléfono la temida noticia.

Pero tuvieron suerte. El coche anterior arrancó y pasó la barrera. Un sargento se acercó a la portezuela.

El americano había bajado ya el cristal y le mostró su documentación falsa, de simple turista. Le hizo algunas preguntas en alemán, que Keepler no contestó, limitándose a decir en inglés que no conocía aquella lengua. El ruso le habló en correcto inglés, se informó de lo que había estado haciendo en el sector oriental y le preguntó por la joven.

—Es la intérprete del hotel. Desconozco en absoluto el alemán —respondió Keepler.

Anna mostró su documentación y aprovechó la salida que le había dado su acompañante para afirmar lo mismo, sonriendo al sargento soviético. Llegaron otros dos automóviles. Quizá esta circunstancia o porque el sargento creyera a pie juntillas lo que le decían, o porque le fuera simpática la joven, determinaron la casi inmediata devolución de los documentos, y que hiciera una seña con las manos. Un soldado levantó la barrera, dejándoles el paso libre. En el momento en que arrancaba el coche, repiqueteó el teléfono del puesto de guardia. Keepler hundió el pie en el acelerador, diciendo cuando se encontraron en tierra de nadie:

—¡Creo que nos hemos librado de una buena!

—Sí, parece que veo a los rusos muy excitados —dijo Anna, que estaba vuelta de espaldas, mirando por la ventanilla posterior.

George aceleró más, hasta detenerse con un potente frenazo ante la barrera de control norteamericano, donde no les pusieron ningún reparo.

—¿En qué sector vive usted? —preguntó.

—Un poco en todos. No me doy por enterada de esas divisiones antinaturales de mi ciudad.

—¿Por qué lucha tan activamente contra los rusos?

—Todavía no me ha dicho quién es usted, y aquel policía se encargó de presentarme.

—Llámeme George. Ese es mi nombre.

—Gracias por su ayuda, George. En cuanto a mis motivos para luchar contra los rusos, son muy variados. He presenciado la caza despiadada del vencido, y mi espíritu se rebeló contra aquellos cuadros de horror, después... —tragó saliva con dificultad a causa de la emoción y añadió con voz ronca—: después asesinaron a mi padre y han hecho desaparecer a mi único hermano. Su delito era

ser militares profesionales y haber cumplido las órdenes de sus superiores, sirviendo a la Patria.

—Lamento haber sido la causa involuntaria de haberle hecho recordar ese doloroso acontecimiento —se excusó el americano, impresionado a su pesar.

—No se excuse. No me olvido ni un momento de eso. Presencí cómo perseguían y mataban como a un perro rabioso a mi padre. Le he vengado con creces, pero nunca consideré saldada esa deuda.

Callaron los dos. Habían llegado al parque del Tiergarten.

—¿Dónde quiere que la lleve, Alina?

—Déjeme aquí mismo, gracias.

—No tengo nada que hacer y me servirá de placer llevarla donde usted quiera. ¿Por qué no nos sentamos en la terraza de cualquier café? Me gustaría conocerla mejor. Tal vez fuera más efectiva su actividad si la desarrollara de una manera organizada.

—¿Qué me propone? —inquirió, mirándole altiva.

—Conocerla mejor —respondió con cautela, comprendiendo el significado de la reacción de la alemana.

Tal reacción determinó las relaciones de los dos jóvenes en lo sucesivo. Cuando el capitán Keepler y el coronel Dawson quisieron utilizar los servicios de Anna Grossmann para el Servicio de Información americano tuvieron que valerse de caminos tortuosos para lograrlo, sin que ella sospechase que George actuaba de una manera oficial.

Sin embargo, entre acción y acción en favor de los alemanes occidentales, llegaron a enamorarse y a decidir su matrimonio, truncado por la desaparición de la bella y los informes de que había sido ejecutada por los rusos.

CAPÍTULO III

FALTABAN pocos minutos para las nueve de la noche. La nevada persistía por tercer día consecutivo. Un coche enjalbegado por los algodinosos copos marchaba por la calle de los Inválidos, casi totalmente desierta pese a la temprana hora. Se detuvo frente a la estación de Stettin. Allí se apreciaba cierto movimiento de viandantes y vehículos. Un hombre con el sombrero calado y el cuello del grueso abrigo levantado, salió de un portal y se dirigió hacia el automóvil, penetrando en él.

—Hola, Dawson; siga.

El coronel Dawson, vestido de paisano, volvió la cabeza correspondiendo:

—Hola, amigo Karbourof. ¿A dónde nos dirigimos?

—Celebraremos la entrevista en el mismo coche, a menos que sea muy importante y largo lo que tenga que decirme. No conviene que nos vean juntos. Mi cargo siempre suscita envidias, que resultan enojosas cuando no peligrosas.

—Entonces, pase a este asiento, Karbourof. ¿Cuándo los buenos amigos podrán hablar con entera libertad, sin que la amistad sea un delito político?

—Nuestros pueblos tienen maneras distintas de entender la vida —dijo el ruso, abriendo la otra portezuela y pasando delante.

—¿Nuestros pueblos, o los dirigentes? Tradicionalmente el pueblo ruso ha sido hospitalario y...

Se estrecharon las manos. El teniente coronel Karbourof había sido oficial de enlace durante la última fase de la guerra, y convivió algunos meses con el coronel Dawson, estableciéndose entre los dos una íntima amistad, que ahora daba sus frutos de buena voluntad extraoficialmente.

—Hábleme del motivo de la entrevista, Dawson —le

interrumpió el ruso, mientras le estrechaba la diestra.

El americano arrancó. El limpiaparabrisas, con su monótono movimiento pendular, atrajo su atención un instante. La visibilidad era pésima.

—Se trata de un lamentable incidente que se produjo anoche frente al Komodie Theatre.

—¡Ah!

—No me dirá que no tiene noticia de él...

—Y, sin embargo, es así. En la Comandancia nada sabemos; al menos, oficialmente.

—Estamos hablando particularmente, entre dos viejos y buenos amigos.

—¿Qué clase de incidente? ¿Otro secuestro?

—Sí, con asesinato y atentado frustrado. Han matado al marido y raptado a la mujer, una tal Catherine Lethermann, compatriota mía.

—No me suena el nombre, y oficialmente no tenemos conocimiento de ningún incidente en el Berlín occidental. Será cosa de los alemanes o tal vez algún delito común —dijo el ruso, pensativo.

—No es un asunto particular, sino político, Karbourof; y no creo que el Servicio de Información soviético esté al margen de eso, si desconocen el caso en la Comandancia.

—Entonces, temo que no podré hacer nada. Punchef es muy celoso de sus atribuciones, y nuestras relaciones son frías y convencionales.

—Intente algo, al menos.

—¿Por qué está tan seguro de que el secuestro obedece a razones políticas? El apellido Lethermann no me suena. ¿Trabajaba para ustedes ese matrimonio?

—No, y me son totalmente desconocidos.

—Entonces, ¿por qué ese interés, amigo Dawson, y por qué esa seguridad en los fines del rapto?

—El capitán Keepler, uno de mis subordinados, estaba locamente enamorado de esa mujer. Es un buen colaborador mío y quisiera ayudarle en esta ocasión.

—Nuestros amigos alemanes operan muchas veces a espaldas

nuestras. Pero para interesarme necesito tener conocimiento del incidente. ¿Lo han publicado ustedes en la Prensa?

—No.

—Publíquenlo. Lo leeré y eso justificará que me interese por el asunto sin que nadie sospeche mi verdadero medio de información. Lo que averigüe se lo comunicaré por Ernest.

—Paul y Catherine Lethermann son los nombres con que estaba inscrito el matrimonio en el hotel; pero, naturalmente, podría resultar que en esta zona se les conociera con nombres distintos. Ya le digo que para mí resultan totalmente desconocidos, y el capitán Keepler no se preocupa demasiado de la identidad cuando se trata de una aventura galante. Creo que la mujer es muy hermosa.

—Tuerza por esa calle de la izquierda y acelere. Me parece que un coche nos sigue desde la estación, y acaba de unírsele otro —dijo el ruso, que había vuelto dos o tres veces la cabeza.

—¿Teme que le vigilen sus compañeros, Karbourof? —inquirió el coronel Dawson, mirando por el espejo retrovisor.

En efecto, a un centenar de metros de ellos se veía la masa más oscura de un automóvil de grandes dimensiones, apenas visible a causa de la nieve que no cesaba de caer. Llevaba los faros apagados, lo cual era altamente sospechoso, cuando incluso con luces de carretera resultaba difícil la visibilidad.

—No haga preguntas y acelere. Ya le dije que las envidias son peligrosas en ocasiones, y si nos descubrieran juntos me acusarían de espía del imperialismo. Ya sabe lo que eso significa —replicó el teniente coronel Karbourof, sin ocultar su preocupación.

El coronel americano hundió el pie en el acelerador. No conocía muy bien el Berlín Oriental y no tenía noción de dónde se encontraban. Como inmediata respuesta, sus perseguidores se descubrieron; y dos pares de faros perforaron los níveos copos, al tiempo que los coches aceleraban, lanzándose abiertamente en su persecución.

—No cabe duda. Debe ser obra del comandante Punchef. Hace tiempo que me va buscando las cosquillas para ocupar mi puesto. Me habrán visto salir vestido de paisano —comentó el ruso, un momento después.

—No consigo despegarme de ellos, y estamos expuestos a rompemos la cabeza a esta endiablada velocidad —dijo Dawson.

—Procuraré hacerles ser más precavidos —respondió el ruso, empuñando una pistola.

—Puede que solo se trate de una patrulla de la Volkspolizei, y en tal caso bastaría con que usted demostrase su identidad para que nos dejaran tranquilos.

—No puedo arriesgarme, Dawson.

Bajó el cristal de la ventanilla, y asomando medio cuerpo al exterior, disparó.

En aquel momento, el coronel Dawson viró a peligrosa velocidad por otra calle, en dirección hacia el oeste. Pese a lo oportuno del frenazo y a su excelente dominio del volante, los neumáticos chirriaron, patinaron, y el coche dio un coletazo, desplazándose de costado hacia la esquina. El coronel hundió el pie en el acelerador, rugió el motor, patinaron de nuevo las ruedas en la nieve, pero, al fin, se afianzaron los neumáticos, y el auto, peligrosamente cerca de los edificios, reanudó su vertiginosa marcha, al tiempo que se oía el prolongado chirrido del primer coche perseguidor, y el trágico tabletear de una pistola ametralladora.

Parte de la granizada de balas chocó con persistencia de lluvia en la carrocería del vehículo fugitivo. Los dos ocupantes se encogieron en sus asientos para ofrecer menos blanco.

—¿Le han tocado Karbourof? —inquirió el americano, lamentando ser la causa involuntaria de aquella situación.

—No. Acelere más.

—Imposible.

En aquel instante oyeron un espantoso choque metálico y una serie de gritos de muerte.

—Creo que nos hemos librado del comandante Punchef o de sus cipayos —dijo Dawson, enderezando el cuerpo de nuevo para conducir mejor.

—Le felicito por la habilidad de su maniobra, Dawson. Tome la primera calle de la izquierda. Si el otro coche persiste, en perseguirnos, tendrá que tomar otra calle y se despistarán. Vaya frenando.

El americano lo hizo así, comprendiendo las intenciones de su amigo. Poco después reconocía la Alexander Platz.

—Déjeme aquí. Tomaré el metro —pidió Karbourof.

—Lamento lo ocurrido.

—No es culpa suya. Quedamos en que le avisaré con Ernest de lo que averigüe, si persiste en interesarse por esa mujer después de lo ocurrido.

—Sí, me interesa, a condición de que usted no se exponga; en caso contrario me valdré de mis propios medios para conocer el paradero de mistress Lethermann.

Se estrecharon las manos, mientras el ruso decía:

—Lamentaría que el comandante Punchef no estuviera entre los ocupantes de ese coche.

Se alejó en dirección a la boca del Metro, y el coronel Dawson se fue hacia el sector británico, acelerando la marcha.

* * *

—Siéntate, George. ¿Cómo te encuentras? —preguntó el coronel Dawson al capitán Keepler, cuando este se presentó a la mañana siguiente, recién salido del hospital.

—Deseoso de salvar a Anna. ¿Qué han averiguado, señor?

—Tenías razón. Se trata de ella. Randall se presentó con la fotografía que te dedicó Anna al Nollendorf Hotel, donde se hospedaba con el hombre que la acompañaba bajo el nombre de Paul y Catherine Lethermann. Los camareros reconocieron la foto, y posteriormente Randall comprobó que coincidía la escritura del retrato y la del libro registro. Decía proceder de París, pero una carta de crédito que traían de allí había sido gestionada a nombre de Paul Lethermann por un tal André Dempère, exportador de vinos y cuentacorrentista de la Banque du Sud-Ouest. Anoche tuve una accidentada entrevista con K. No sabe nada de ese secuestro; tampoco Ruchenko, según me informó Koliev. Todo es oscuro en este asunto. ¿Cuál es la verdadera identidad de Paul Lethermann? ¿Por qué Anna no acudió directamente a ti y se hospedaba con ese hombre, haciéndose pasar por matrimonio americano procedente de París, si ocupaban habitaciones distintas? ¿De dónde procedían en realidad, y por qué una acción tan rápida de los soviéticos, si hacía solo tres días que se alojaban en ese hotel, lo que hace presumir que acababan de llegar al Berlín occidental?

—Eso mismo quisiera saber yo. El problema se reduce a averiguar el paradero de Anna y a salvarla de sus raptos. Todo lo demás nos lo explicará ella.

—He cursado órdenes a nuestros agentes de París para que aborden a ese André Dempère y averigüen sus actividades, sin menoscabo de que nuestra acción principal se concentre en el sector soviético. Esto último corre de tu cuenta. Randall no tardará en venir por aquí. Lo mandaré a tu despacho.

—No estaré allí. Que opere por su cuenta como crea más conveniente, de momento, y lo mismo Koliev. Yo movilizaré todos nuestros recursos en la zona oriental y no descansaré hasta encontrar a Anna. Enlazaré con usted para informarle y recibir instrucciones, si no manda otra cosa.

—Descargo mi preocupación en tus manos, pero tenme al corriente de tus actividades. Sobre todo, no dejes que el corazón te ofusque el cerebro, y domina tu impaciencia. ¡Suerte!

—Necesitaré un turismo con matrícula alemana. Supongo que el mío...

—Ha quedado reducido a chatarra. Para esas cosas, entiéndete con mi ayudante. Pero te advierto que el elevado o el Metro son medios de locomoción más discretos y seguros para el paso de demarcación; sobre todo, yendo armado.

—Lo tendré en cuenta, señor —musitó el capitán Keepler sin mucha convicción, saliendo del despacho y dispuesto a seguir los planes que había madurado en el hospital.

CAPÍTULO IV

EL capitán George K. Keepler estableció contacto con todos los alemanes del Berlín oriental que pudieran tener motivos para conocer las actividades de los rusos y de sus aliados germanos.

Unos eran informadores del “Central Intelligence Agency” americano; otros formaban parte de las organizaciones de Resistencia, más o menos íntimamente ligados y en colaboración con los americanos,

Al segundo día de pesquisas encontró una posible pista. Se la procuró una jovencita de unos dieciocho años, de corto cabello trigueño y ojos verde pálidos, que detuvo su bicicleta al ver al americano junto a una casa derruida.

—Hola, Berta, ¿cómo va tu información motorizada? —preguntó él, jovial.

—Nada nuevo. Voy a casa de mi hermana. Esto parece bastante tranquilo estos días, aunque me han dicho que Anna Grossmann no ha muerto y fue raptada en Kurfurstendamm hace cuatro noches. ¿Es cierto?

—Sí, Berta, ¿quién te lo ha dicho?

—Uno de los muchachos de “Alemania Libre”; y me dijo que se lo contaste tú, Joe.

“Joe” era el nombre de combate que había adoptado el capitán George K. Keepler para ocultar su verdadera personalidad, y tal nombre era muy popular en el sector oriental y en las ciudades próximas a Berlín.

—No me digas más; se trata de un personajillo que sorbe los vientos por ti —rio el americano—. Es cierto lo que te dijo Alex, pero ya veo que no me puedes dar ninguna pista de Anna.

—No lo sé. Verás lo que pasó anteayer. Rondaba yo por el control soviético de la estación de Anhalter, cuando vi que pasaba

un coche de pompas fúnebres hacia el sector británico. Tuve una corazonada al fijarme en que el uniforme del ayudante del chofer le venía muy estrecho y...

Estaba apoyada de espaldas contra su bicicleta. Keepler la enlazó por el esbelto talle y la miró amorosamente, acercando mucho su rostro al de ella. Se abrieron muchos los verdes ojos de la trigueña, y exclamó, gratamente sorprendida.



Se abrazaron

1 — NIKVE

—Pero, ¿qué es eso, Joe, vas a besarme?

—¿Te disgusta?

—No, pero nunca me has dicho nada. ¡Ah, ya entiendo! —añadió, desilusionada—. Es para disimular por esos dos policías que vienen hacia aquí. No lo niegues.

—Eres una chiquilla deliciosa, Berta, y sé que Alex no me lo tendrá en cuenta si te beso.

—Él, no; pero yo, sí. No te acerques más; ¿has oído? No te acerques más o...

No completó la amenaza. Parecía una fierecilla. El americano soltó una carcajada. Estaban muy cerca los dos agentes de la Volkspolizei, los cuales pasaron de largo, haciendo algún comentario en voz baja.

—Me tomas por una chiquilla aún —dijo Berta, enfurruñada. Podías haberme avisado de que venían los “vopos”.

—No lo tomes tan a pecho. Eres una chiquilla, pero encantadora. ¿Crees que no me atraen tus labios aunque te conozca desde que eras una niña?

—No soy tan chiquilla, Voy a cumplir dieciocho años, y sé leer en los ojos de los hombres. Nunca he leído en los tuyos que te fijaras en mí. Ya sé, pensarás que soy una tonta. Pero te seguiré contando lo del entierro.

Agitó repetidas veces la cabeza como para ahuyentar su desilusión, y volvió la serenidad a sus ojos cuando comenzó a decir:

—Bueno, fue cuestión de pedalear un poco fuerte detrás del coche fúnebre. Mis sospechas crecieron al ver que del sector británico pasaban al americano. Me hicieron pedalear de firme hasta la carretera de Weshafen. Había dos coches allí esperándoles, frente a un hotelito, y, enseguida, sacaron un féretro negro, lo cargaron entre unos cuantos hombres y la comitiva emprendió el regreso, sin curas, responsos ni nada parecido.

—El chalet ese ¿está en la misma carretera de Weshafen?

—Sí, en el número 312. Volví más tarde a verlo, porque no me dieron tiempo de llegar allí; tanta prisa se dieron.

—Bien, pero todo eso no significa nada, Berta. En cualquier sector de Berlín existe gente atea y no son pocos los que tienen a toda su familia enterrada en los cementerios del este de la ciudad y desean ser enterrados con ellos. ¿O viste algo anormal?

—No fueron a ningún cementerio, sino a un almacén de ataúdes de Prenzlauer Strasse. Uno de los coches de acompañamiento se había quedado en el camino, y del otro se apearon cuatro hombres, que entraron en el almacén, quedándose tres de ellos allí.

—Eso es otra cosa. ¿Qué hiciste después?

—Me quedé hasta después de anochecido rondando por el almacén, pero ni vi a los hombres ni noté nada anormal. Además, hacía mucho frío y nevaba, y regresé a mi casa a calentarme. Luego informé, pero no lo consideraron importante.

—Tengo el coche cerca de aquí, dirígete a Alexander Platz. Cuando me veas llegar, pasas por delante de ese almacén de ataúdes y te alisas el cabello para indicármelo.

—¿Crees que dentro del féretro podían llevar a Anna Grossmann?

—Cabe en lo posible. El que fueran a buscar el ataúd sería lo de menos, pero los coches de acompañamiento... ¿Pasaron otra vez la línea de demarcación por Anhalter Bahnhof?

—Sí.

—Resulta bastante sospechoso todo eso. Haz lo que te he dicho antes, Berta.

La pellizcó en la barbilla para contentarla un poco y se alejó a grandes zancadas, pensando en lo que acababa de referirle la muchacha. La conocía desde hacía tres años. Su padre, comandante de un submarino, había muerto en la contienda, y un tío suyo era diligente del movimiento “Alemania Libre”. Desde que era una chiquilla, Berta había sido utilizada como enlace y después como agente de información de aquel movimiento, lo cual se le daba magníficamente.

El capitán Keepler no creía de ninguna manera que aquello estuviera relacionado con el secuestro de Anna Grossmann, pero su campo más importante de operaciones radicaba en el sector soviético de Berlín, y le interesaba localizar aquel posible centro del espionaje soviético o alemán oriental. Ya conocía algunos de aquellos centros, completamente al margen de los edificios oficiales. Lo más probable es que hubieran llevado a Anna Grossmann a uno de ellos.

Pensando de ese modo, llegó a la calle donde tenía aparcado su coche. Sin grandes prisas se dirigió a la plaza Alexander. En la

esquina de Prenzlauer vio a Berra. Sin apearse de la bicicleta y con un pie en la acera, ojeaba los periódicos y revistas de un quiosco; pero debía de estar también pendiente de su llegada, pues enseguida arrancó y se internó por la calle Prenzlauer.

Era una magnífica ciclista, y un momento después no marchaba a menos de veinticinco kilómetros por hora. De pronto, miró a la derecha y se llevó la diestra a la cabeza, alisándose el ondulante cabello trigueño.

Kepler aminoró la marcha y miró en aquella dirección. Se trataba en efecto, de una fábrica o almacén de féretros. A través de la puerta abierta se veían unos cuantos apoyados contra la pared. Pero no vio a ningún hombre.

Berta tomó una calle transversal y le esperó. Luego, cuando vio que el coche se detenía, fue a su encuentro, diciendo:

—¿Quieres que me quede vigilando ese almacén?

—No. Es peligrosa la vigilancia continuada por una misma persona. Pero ve por esa otra calle y entérate con mucho disimulo si tiene por ella salida el almacén.

—Ya me informé al ver que no salían los tres hombres. No tiene.

—Además de guapa, eres lista, Berta. ¿Sabes que ya estás hecha una mujercita y que si no fuera por Alex...?

—Con Alex solo me une una buena amistad —se apresuró ella a replicar con viveza.

—¿Solo? —sonrió él.

—¿Qué otra cosa podría haber entre los dos, más que el compañerismo y la amistad? Él es un chiquillo aún: diecinueve años.

—¡Ah! Y a ti, que ya te consideras toda una mujer, te gustan los hombres formados, ¿no?

—Solo me gusta un hombre; y no de ahora, Joe Si no estuvieras ciego para ciertas cosas, lo sabrías —replicó con ardor.

E inmediatamente se alejó corriendo hacia su bicicleta, montó y se marchó a toda prisa, sin volver la cabeza, ni atender a las llamadas que el americano le hacía.

George se quedó pensativo un momento. No había pensado nunca en aquel nuevo problema. Recapacitó. Realmente, Berta había experimentado un enorme cambio desde que la conocía.

Ahora estaba hecha una mujer completamente desarrollada, y era guapa, muy guapa. Pensó que quizá sus pantalones y su chaquetón de cuero le restaban muchos encantos.

Se sintió apenado por su descubrimiento, y se dijo que no había hecho nada por despertar aquella pasión en el alma de Berta. Sin embargo, se quedó mirándola hasta que desapareció por una calle transversal. Entonces dio la vuelta al coche, pasó de nuevo por delante del almacén de féretros, sin ver a nadie allí, y siguió hasta el domicilio del tío de Berta, que vivía en una de las casas reconstruidas de la antigua Wilhelmstrasse, muy cerca de los sectores occidentales.

Le recibió su esposa, una mujer cuarentona, algo metida en carnes y muy agradable.

—Pranz no está en casa —dijo sonriendo—, pero no tardará en venir. Ha ido a dar una vuelta. ¿Sabes algo de Anna?

Entró en el saloncito y sirvió una copa de coñac al joven, que se sentó en un sillón con plena confianza y sacó un cigarrillo de un paquete, mientras decía:

—A eso vengo, a ver si Franz ha recibido alguna noticia.

—Llevó la moto. No tardará en regresar. ¿Has visto al diablejo de Berta? No para en casa.

Kepler contestó distraídamente. No quería que el incidente de Berta tomara más proporciones, y sospechó que su tía le hacía aquella pregunta intencionadamente.

Anna Grossmann había llegado a convertirse en el símbolo de la resistencia germana contra la división de su patria y, sobre todo, contra la dominación soviética y sus partidarios de Pankov, tanto por haber sido una de las primeras en empuñar las armas contra ellos, como por su audacia y su prodigiosa actividad, reclutando adeptos o asestando golpes certeros contra los enemigos de su país. Ella era el alma del movimiento “Alemania Libre”, el cual la había declarado mártir de la Libertad al conocer su fusilamiento. Ahora, al saberse que aún vivía, los jefes de la organización movilizaban todos sus recursos para hallar su paradero, dispuestos a rescatarla al precio que fuera.

Así, habían montado un servicio constante de vigilancia de los edificios no oficiales utilizados por los servicios secretos de la policía soviética de ocupación o por sus lacayos alemanes, mientras

otros miembros de la organización merodeaban por las cárceles y centros oficiales en un intento de localizar el lugar donde podían tener encerrada a Anna Grossmann, cuyas declaraciones podrían ser catastróficas para “Alemania Libre”, pues conocía a la mayor parte de sus miembros y adeptos.

Estaban charlando el agente del C.I.A. y la dueña de la casa, cuando ella fue hacia la ventana, diciendo:

—Acaba de pararse una moto. Debe ser Franz.

En efecto, era su marido. Entró con gesto desanimado.

—Nada, ¿verdad? —dijo Keepler, levantándose.

—Nada. Quizá la hayan sacado de Berlín; pero tampoco de los pueblos y ciudades vecinos tenemos noticias, y las pocas que tenemos son negativas.

—Estableced vigilancia en el almacén funerario de la calle Prenzlauer, del que os informó Berta.

—¿Lo consideras importante?

—Sí.

—Esto es desesperante. ¿Qué piensas hacer?

—Pasar a la acción hoy mismo. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—Incondicional. ¿Qué tienes pensado?

—Necesitaré cinco hombres, bien armados y dispuestos. Una de vuestras mejores escuadras de choque.

—¿Para cuándo?

—Depende del tiempo. Si nieva, como amenaza, para media tarde; si no, después de anochecido.

—Quédate a comer con nosotros, y así podrás decidir.

—Tengo que regresar al sector americano.

—Entonces, a las cuatro podrás disponer de la escuadra de Hager, en casa de Speikel. Ya les darás tú mismo instrucciones, Joe.

—De acuerdo, Franz. Que vayan preparados con silenciadores, linternas, ganzúas, etc.

En aquel momento entró Berta. Al ver al americano, saludó y se alejó hacia el interior de la casa.

—¿Te ha pasado algo con la chica, Joe? —inquirió la dueña de la casa.

—No, nada. No habrá creído discreto escuchar nuestra

conversación —mintió el joven, dirigiéndose hacia la salida.

* * *

Las siete y veinticinco de la tarde. La calle Vorochilov se hallaba en una discreta semioscuridad. El tránsito de peatones era considerable en razón al término de la jornada de trabajo y a la proximidad de algunas fábricas. El viento era violento y frío, y la gente caminaba deprisa.

Era el momento elegido por el capitán Keepler, del Servicio de Información norteamericano. Tocó el claxon de su coche. Inmediatamente, de otro que estaba aparcado a un centenar de metros delante, se apearon dos hombres, los cuales se dirigieron hacia la casa número 23, correspondiente a un edificio de cinco plantas.

También Keepler se apeó y marchó en aquella dirección. Estaba dispuesto a devolver golpe por golpe. El lenguaje de la fuerza era el único que parecían entender sus enemigos.

De pronto, variaron todos sus planes al ver salir del número 23 a dos hombres. Les conocía a los dos. Uno era el capitán Herzog, de la Volkspolizei, un verdugo de sus propios compatriotas, y el otro un individuo que siempre le acompañaba como guardaespaldas.

Caminaban en dirección contraria al americano, seguramente para tomar un coche estacionado allí cerca. George hundió su diestra en el bolsillo de su abrigo, quitó el seguro de la pistola que guardaba ahí, y, de pronto, cuando se encontraba a dos o tres pasos de sus enemigos, les encañonó desde el interior del bolsillo, ordenando con voz incisiva, sin importarle que le oyeran los transeúntes más próximos:

—Les estoy encañonando, capitán Herzog. Den la vuelta y diríjanse hacia aquel coche.

Los dos hombres se pararon en seco. El guardaespaldas, un fornido individuo, de narices achatadas, de *bull-dog*, hizo intención de lanzarse sobre el americano, pero leyó una fría determinación en sus ojos, y contuvo su casi iniciado movimiento, mientras Herzog, alto, delgado y de facciones angulosas y desagradables, decía con voz cautelosa:

—Tiene que estar loco para intentar raptarme entre tanta gente, a la vista de los policías de mi escolta. Porque pretende raptarme,

¿no?

Lanzaban destellos acerados sus grises y frías pupilas. Indudablemente pretendía ganar tiempo.

—Obedezcan inmediatamente, o dispararé sin otro aviso — masculló el agente americano.

Dos o tres transeúntes volvieron la cabeza después de pasar por su lado. Inesperadamente, el guardaespaldas dio un salto de costado hacia uno de los viandantes, se abrazó a él y le dio la vuelta, utilizándolo a guisa de parapeto.

Sorprendido, el hombre se revolvió furioso, intentando sacudirse a su aprehensor. Keepler sacó la mano armada de su bolsillo, dispuesto a hacer fuego contra el guardaespaldas, pero este dio un empujón al transeúnte y lo proyectó con violencia contra el americano, el cual no tuvo tiempo de evitar la embestida, y retrocedió tambaleándose, mientras el capitán Herzog se abalanzaba en plancha sobre él, y su guardaespaldas empuñaba rápidamente un revólver.

Todas estas acciones fueron simultáneas y ejecutadas con sorprendente rapidez. Sin cabal idea de lo que sucedía, los viandantes apenas tuvieron tiempo de detenerse. Enseguida, sonaron dos detonaciones casi simultáneas.

El agente del C.I.A. fue una fracción de segundo más veloz que el alemán, y este, alcanzado en el pecho por el proyectil, envaró el cuerpo, desviando su revólver, y fue a caer de espaldas contra la pared, deslizándose luego hasta la acera.

Sin embargo, el capitán Keepler no pudo evitar la embestida de Herzog por haber dado preferencia al otro enemigo. El cabezazo del capitán de la Volkspolizei fue brutal y arrancó un grito de dolor del americano, el cual rodó por la calzada, y con él su enemigo, que se había abrazado a su cuerpo y ahora intentaba apoderarse del arma, aprovechándose de los dolorosos efectos del cabezazo en el costado derecho de George.

Los dos hombres se golpearon con saña. La vista del arma ahuyentó a los curiosos. Tenían sus motivos. En la pugna, la pistola se disparó inofensivamente. Pero los dos hombres que se habían apeado del coche a la señal de Keepler corrieron hacia los contendientes y uno de ellos intervino en la lucha, asestando un terrible culatazo con una pistola en el cráneo del alemán, el cual

lanzó un ronco gemido y se sepultó en la región de las sombras.

—Lleváoslo al coche y dirigíos donde sabéis —dijo Keepler incorporándose—. Yo os protegeré.

No hizo falta. Otros dos miembros de “Alemania Libre”, apostados por allí, empuñaron sus armas, vigilando a los curiosos, que se habían retirado prudentemente.

—¿Cargamos con ese, o lo liquidamos? —preguntó Hager, un corpulento joven de veintisiete años, que mandaba la escuadra de choque.

—Ni una cosa, ni otra. Largaos con Herzog sin perder ni un segundo.

Keepler marchó hacia su coche, sin dejar de empuñar el arma, y vigilando en todas las direcciones; pero ni uno solo de los espectadores demostró el menor interés en interponerse en su camino ni en el de los demás raptos del capitán Herzog.

Unos instantes después, los dos coches arrancaban y forzaban la marcha, alejándose de aquellos parajes.

Nadie les molestó, y después de internarse hacia el este para despistar, y tomar unas cuantas calles con el mismo propósito, se dirigieron hacia el oeste, penetrando en un garaje de Wall Strasse. Uno de los empleados se apresuró a abrir la puerta corrediza de una cochera particular, en la que se internaron los dos vehículos.

—¿Os persiguen? —inquirió el empleado.

—No. Hemos cazado a uno. Cierra las puertas, y si recibís alguna visita sospechosa, avísanos —respondió Hager, abriendo la portezuela.

El empleado del garaje echó un vistazo al inanimado cuerpo del capitán Herzog, y volvió a preguntar:

—¿Quién es; se puede saber?

—Un asesino. Pregúntale a Joe si te lo puede decir.

—El capitán Herzog, de la Policía Popular. Una hiena con aspecto humano —replicó el americano, saltando de su coche—. Sal y cerrad la puerta. No tardaremos en oír los ladridos de esos perros.

El obrero salió, tras echar una nueva mirada al secuestrado.

—No hemos adelantado gran cosa, a menos que pienses arrancarle a ese el paradero de Anna —dijo Hager.

—Aunque sea con la piel. Emplearemos sus métodos. Golpe por golpe. ¿Os habéis fijado en la pasividad del pueblo? Al miedo ha sustituido la indiferencia. No tardará en estar dispuesto a empuñar las armas para verse libre de las garras del oso.

—Las tiene muy afiladas, y nosotros no podemos presentarle más que nuestro odio y nuestras carnes inermes —intervino uno de los guerrilleros, con voz bronca.

—¿Lo subimos, o lo dejamos abajo? —preguntó el jefe de escuadra.

—Abajo, y maniatadle bien, dejando a un hombre de guardia hasta que recobre el conocimiento.

Los cinco componentes de la escuadra de choque eran jóvenes, entre veinte y treinta años. Uno tiró sin consideraciones de las piernas de Herzog, quien dio con la espalda y la cabeza en el suelo de cemento.

—¡Ni que fuera un saco de patatas! Así no recobraré el conocimiento en varias horas —protestó otro.

—Ya has oído a Joe, Hendrich; ojo por ojo y diente por diente.

El llamado Hendrich, un muchachote rubio y fuerte, se agachó y cogió de los sobacos a Herzog, refunfuñando:

—Cuanto menos tardemos en saber el paradero de Anna, mejor. Además, podrías guardarte esa furia para emplearla contra los que se puedan defender.

Keeples había abierto una puertecita lateral, entrando en un pequeño recinto donde se guardaban neumáticos, llantas, un gato y algunas herramientas de mecánica. Tuvo necesidad de encender la luz, por la oscuridad reinante.

Hager, que había entrado detrás de él, golpeó fuertemente con la palma de la mano el extremo de una estaca de la que colgaban dos neumáticos, como si pretendiera clavarla más en la pared, e inmediatamente sonó un chasquido metálico, y se abrió un par de centímetros una portezuela hábilmente camuflada, debajo de la estaca.

Por ella entraron todos los hombres en una habitación rectangular, de regulares dimensiones. En un ángulo había seis o siete colchonetas apiladas, y a su lado, otra pila de sábanas y mantas. En el ángulo contiguo, una escalera vertical de hierro

terminaba en el techo, y a simple vista no se comprendía el papel que pudiera desempeñar allí. En el centro de la habitación había una mesa camilla y tres sillas, y, más allá, un armario empotrado en la pared.

De aquel armario sacó uno de los jóvenes un rollo de cuerda fina de cáñamo y comenzó a desenrollarle, mientras se dirigía hacia el secuestrado, que había sido dejado en el suelo.

—Atadle bien las muñecas a la espalda, y no estaría de más que le atarais también los tobillos. Tú te quedarás con él, Strong. Avísanos cuando vuelvas en si —ordenó Hager.

—Si quiere quedarse alguien más a hacerle compañía a Strong no hay inconveniente. Arriba no tenemos que hacer sino esperar —elijo Keepler.

—Yo me quedaré —decidió el mocetón de Hendrich.

Diciendo esto, se fue al armario y sacó una estufa eléctrica, que enchufó mientras Strong y otro ataban al capitán Herzog, y Keepler y Hager ascendían por la escalera de hierro hacia el techo.

Terminaba en una trampa, que el americano levanto con la cabeza primero y con una mano después, dejando al descubierto un hueco cuadrado, suficiente para permitir holgadamente el paso a una persona.

—¿Qué piensas hacer de ese hombre cuando haya declarado? —preguntó el jefe de la escuadra de choque, cuando se encontraron en un pequeño gabinete de señora, coquetamente dispuesto y con una alfombra para disimular más la trampa.

—No lo sé. Por mi parte, correría la misma suerte que Anna; pero esa decisión no me corresponde a mí, e incluso no sé cómo les sentará a mis jefes que lo hayamos raptado. Tampoco yo pensaba hacerlo, pero se me ocurrió la idea en cuanto les vi salir de aquel nido de víboras.

Por la única puerta del gabinete entró una mujer de unos treinta y dos años, con bata larga. Sonrió y saludó jovialmente:

—Hola, muchachos. Oí la señal y me dije: “¿Quién habrá entrado?”

—¿Cuándo terminaremos de entrar en las casas como ladrones? —dijo Hager, crispando los puños con odio.

—Sírvanos unas copas de coñac, Else. Hace un frío de todos los

demonios en la calle —sonrió el americano, yendo hacia la mujer.

CAPÍTULO V

EL bofetón restalló como un latigazo en la habitación secreta.

—Hable o no podré refrenar mis nervios por más tiempo —rugió el agente del Central Intelligence Agency americano, ya fuera de sí.

El capitán de la Volkspolizei enrojeció de rabia y miró con odio a su enemigo, diciendo con voz firme, por enésima vez:

—No sé nada de eso.

—Déjale de mi cuenta, Joe. Le aplicaré un medio infalible para soltar la lengua, que emplearon ellos con el pobre Fratzter —dijo Hager, sacando una puntiaguda navaja de un bolsillo y abriéndola ostensiblemente, delante de las narices del prisionero.

—Esto lo pagaréis caro —chilló Herzog, palideciendo.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió el agente del C.I.A. preocupado

—El capitán Herzog debe saberlo muy bien, a juzgar por su palidez. Tal vez fuera él mismo quien se lo aplicó a Fratzter antes de dejarlo abandonado en la carretera con un tiro en la nuca.

Kepler no se atrevió a oponerse. Veía que su enemigo miraba como obsesionado la afilada navaja, y se dijo que quizá Hager fuera capaz de conseguir más en un momento que él en la media hora que llevaba de interrogatorio infructuoso.

El joven alemán cogió la navaja de manera que con la punta del dedo pulgar limitaba la punta de la navaja, y, en rápido movimiento, la hundió en el hombro derecho del prisionero, silabeando amenazador:

—Di dónde tenéis encerrada a Anna Grossmann, o no te dejaré un centímetro de piel sin agujerear.

Kerzog apretó los dientes para no gritar, y no respondió. Dos nuevos pinchazos le hicieron variar de opinión, y estalló en

terribles amenazas contra sus raptos.

—Esto ya va surtiendo efecto —dijo burlón Hager, pinchándole de nuevo.

—Anna Grossmann fue ejecutada hace cosa de un año. Vosotros lo sabéis tan bien como yo y estáis hartos de denunciarlo en vuestros libelos —dijo el secuestrado, en una explosión de rabia impotente.

—Miente. La raptaron ustedes hace tres noches a la salida de la Komodie —intervino George Keepler con violencia.

—Refresque la memoria o lo pasará mal —dijo su compañero, acercando lentamente la punta de la navaja a la cara de su compatriota como si fuera a pincharle.

Herzog le miró aterrorizado.

—¡No, no, en la cara no! —gritó con la voz descompuesta.

—¡Hable! —exigió el americano—. ¿Dónde está Anna?

—No ha sido cosa nuestra, sino del comandante Punchef.

—¿Desde cuándo el Servicio de Información soviética comunica sus planes y sus acciones a la policía alemana oriental? —masculló el americano, al oír nombrar al segundo jefe del Servicio de Información ruso.

—Anna Grossmann es alemana y una enemiga del pueblo. El comandante Punchef nos dijo dónde estaba y nos pidió su detención.

—¡Dirá mejor secuestro! —vociferó Hager, indignado.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Keepler, vivamente emocionado y expectante.

—No lo sé; no he intervenido en eso, pero ya no estará en Berlín. Los rusos la reclamaban con insistencia por espionaje y agente subversivo. Hace apenas dos meses que se escapó de la cárcel de Smolensko, donde la trasladaron el año pasado; y no me explico cómo huyó de la prisión, atravesó el territorio soviético y ha ido a reaparecer en Berlín. Sin duda contaba con poderosos cómplices y eso es lo que quería saber el comandante Punchef.

—Si piensa que me voy a tragar la historia esa, se equivoca, Herzog. Me consta que los rusos no saben nada de ese secuestro y que ha sido cosa de la Volkspolizei —dijo el americano con aplomo.

—¿Dónde está Anna? —preguntó Hager, pasando la navaja ante los ojos de su compatriota.

—No lo sé —dijo Herzog, reuniendo sus últimas fuerzas de resistencia.

Esta vez la punta de la navaja se le clavó en el pecho, a la altura del corazón, aunque superficialmente. El hombre lanzó un alarido de terror, y gimió:

—He dicho todo lo que sabía. Yo no he intervenido en esa detención; solo he oído hablar de ella.

—¿A quién? —interrogó Keepler, queriendo aprovechar aquel momento de debilidad.

—Al capitán Hans Smoll. Fueron sus hombres los que intervinieron.

—¿Dónde vive ese Hans Smoll?

—Por Konig Strasse, pero no lo sé exactamente.

—¿Lo sabes tú? —preguntó a Hager.

—No, pero le conozco personalmente. No sería difícil averiguarlo. Te advierto, Herzog, que te cortaré la lengua si has mentido o conoces el paradero de Anna y no lo quieres decir —amenazó el jefe de la escuadra de choque de “Alemania Libre”.

Dejaron al prisionero solo y subieron al piso por la escalera de hierro.

—¿Qué piensas hacer, Joe? —inquirió Hager cuando se encontraron solos.

—Actuar. Si es cierto que los rusos piensan llevarse a Anna de Berlín y no lo han hecho todavía, nuestra lucha debe ser contra reloj. ¿Dónde podríamos encontrar a ese capitán Smoll?

—En la Jefatura de Policía, posiblemente; pero supongo que no querrás tener una entrevista con él allí.

—¿Le conoce algún muchacho de tu escuadra?

—Hendrich y Karwell. Supongo que se acordarán de él. ¿Por qué lo dices?

—Uno de ellos que se encargue de localizar y seguir a ese hombre, y que nos avise cuando podamos darle un susto con ciertas garantías de éxito. Que telefonee a la estafeta central, con la que nos mantendremos en contacto.

—Podrían ir los dos, o yo también. Así podríamos aprovechar

una coyuntura favorable para secuestrarlo, si es eso lo que pretendes.

—Nosotros haremos una visita a cierto almacén de ataúdes. No tengo los nervios en condiciones de esperar pacientemente mientras Anna estará siendo martirizada o tal vez trasladada más al este.

* * *

La puerta del almacén de féretros estaba cerrada. Eran algo más de las nueve de la noche cuando el capitán Keepler, conocido por “Joe” en los medios oficiales y en los de la Resistencia de la zona soviética, y tres componentes de la escuadra de Hager, llegaron en un coche a la plaza Alexander.

Uno de los jóvenes, el conductor, se quedó en el vehículo. Los otros tres se apearon. Tanto la plaza como la calle Prenzlauer estaban totalmente desiertas, cual si el frío viento hubiera barrido todo vestigio de vida.

Avanzaron en silencio. De casi todas las ventanas del edificio donde estaba enclavado el almacén de ataúdes salía luz. Keepler pegó su ojo al de la cerradura. Las tinieblas reinaban en el interior. Hizo una seña a Hacer, el cual se adelantó con un manojo de ganzúas y las probó sucesivamente. Era muy pequeña la cerradura.

—Es de seguridad. No podemos hacer nada —bisbiseó.

Keepler tomó las ganzúas, pero después de un momento de tanteo no obtuvo mejor resultado. Una nueva seña con la mano hizo entrar en acción a Karwell con una palanqueta.

Combinaron sus esfuerzos hasta que una llamada de claxon les hizo recoger apresuradamente la herramienta y caminar por la acera. Unos segundos después fueron enfocados por los faros de un coche. Los tres jóvenes comenzaron a hablar animadamente. Un “jeep” patrullero de la Policía pasó de largo, no sin que dos de los agentes se quedaran mirando a los transeúntes, que volvieron sobre sus pasos tan pronto como hubo desaparecido de vista la patrulla.

Todavía tuvieron que interrumpir su labor a una nueva señal del claxon. Esta vez se trataba de dos hombres embutidos en sus abrigo y caminando apresuradamente. Fueron a entrar precisamente en el almacén funerario.

—De haberlo sabido, nos hubieran franqueado la entrada sin

mayor esfuerzo —dijo Hager, contrariado.

—O lo hubiéramos echado todo a perder —dijo Karwell.

Regresó Keepler y miró por la cerradura. No se veía luz en el interior. Supuso que los dos hombres habrían tenido tiempo de pasar al interior del almacén, apagándola de nuevo, cuando de pronto se abrió la puerta de golpe y vio a los dos individuos encañonándole con sendas pistolas.

—¡Pasa: has elegido mal sitio para robar! —dijo el que había delante, en un alemán bronco.

Hasta que el hombre habló, el capitán Keepler parecía haber quedado petrificado por la sorpresa.

—¿Qué tonterías dice? No había hecho más que apoyarme contra la puerta para protegerme del viento —dijo en voz bastante alta para que le pudieran oír sus compañeros.

—Y la puerta ha intentado forzarse ella sola, ¿no? —rio el que habló antes, con risa nerviosa.

—Y a mí ¿qué me cuenta usted? —replicó el americano con violencia.

No osaba retroceder, temiendo que los dos individuos salieran a la calle y vieran a Hager y a Karwell, que estarían acercándose. Tampoco se atrevía a intentar empuñar su pistola ni saltar a un lado convencido de que le alojarían un par de balas en el cuerpo antes de conseguirlo.

—Ya te dije que no se trataba de ladrones. Es algo peor —terció el otro desconocido.

El más adelantado estiró bruscamente el brazo izquierdo, y haciendo presa en la solapa del abrigo de Keepler tiró violentamente de él.

Lejos de oponer resistencia, el joven aprovechó el impulso que el otro le daba, para fingir dar un traspiés y tropezar con él, al tiempo que hundía su diestra en el bolsillo del abrigo, empuñando su pistola, que disparó a quemarropa contra su enemigo sin que este llegara a darse cuenta de la treta.

El otro saltó hacia atrás al ver que su compañero se le venía encima, empujado por el americano; pero estaban demasiado juntos y no consiguió sus propósitos. Él y el herido rodaron por el suelo, en las tinieblas del interior.

Temiendo oír de un instante a otro el estampido del arma enemiga, Keepler disparó tres veces consecutivas. Oyó dos agudos gritos de dolor; pero podía tratarse de una treta, y saltó al interior, sumiéndose en la oscuridad, donde permaneció quieto, agazapado...

En la acera se oyeron pisadas a la carrera, acercándose, y a unos pasos de él, los débiles gemidos de un hombre. Enseguida la voz alarmada y preocupada de Hager, llamando:

—Joe... Joe...

—Pasad. No me ha sucedido nada —respondió, enfocando su linterna sorda sobre los dos hombres.

Uno permanecía inmóvil, tendido sobre el costado derecho; el otro, encorvado, acurrucado y con ambas manos en el vientre y el rostro desfigurado por una mueca de dolor.

El americano se acercó al superviviente, que no intentó defenderse, y le golpeó el parietal derecho con el cañón del arma, hundiéndole en la inconsciencia, en el momento en que entraban Hager y Karwell empuñando sus armas.

—¿Cómo fue? Te has salvado de buena —dijo el jefe de la escuadra, no ocultando su admiración.

—Silencio. Cerrad la puerta. ¿Se ha oído muy fuerte las detonaciones?

—No, entre el silenciador y el viento, tal vez hayan pasado inadvertidas. Lo peor han sido los gritos de dolor de esos dos —musitó Karwell.

—No importa. Cerrad la puerta. Nos arriesgaremos. Es fácil que haya alguien en la casa. No os mováis hasta que yo lo indique.

Apagó la linterna y permanecieron un rato silenciosos y expectantes. Ningún signo de vida en el interior ni en el exterior. Solo el ulular del viento. Ya se disponía Keepler a encender la linterna para orientarse, cuando oyó un ruido hueco, de madera, y una exclamación en ruso: alguien que había tropezado en la oscuridad.

Si encendía la luz les descubriría, y aunque ellos se hubieran escondido, verían a los dos desconocidos, que yacían a corta distancia de la puerta. Al compás de estas consideraciones, el capitán Keepler apuntó su pistola en la dirección donde había

sonado el ruido.

Se oyeron pisadas y después se encendieron dos bombillas que pendían del techo, cegando a los tres asaltantes una fracción de segundo. A continuación dispararon los tres con extraña sincronía sobre un hombre que, al otro extremo de un amplio local rectangular, intentaba empuñar un arma.

Acribillado a balazos y con la cabeza destrozada, el hombre cayó sin vida. Ni un grito, ni un gemido. Los asaltantes marcharon hacia él. Había ataúdes negros o blancos, más o menos grandes, más o menos bien labrados, contra las paredes. Algunos presentaban en las tapas un crucifijo. ¿Claudicación del ateísmo a los intereses comerciales, o simples fines propagandísticos o de camuflaje?

Detrás del hombre que acababa de morir había una puerta abierta, donde se iniciaba un ancho pasillo.

—Apodérate de la documentación de esa gente y de todos los papeles que lleven encima —dijo Keepler a Karwell en voz baja.

Avanzó hasta el muerto, se asomó al pasillo y luego se agachó y registró con rapidez el cadáver, despojándole de todos sus documentos.

—Tal vez haya más gente y hayan mandado a este para enterarse del origen de los gritos. ¿Apagamos la luz? —dijo Hager, alcanzando el interruptor, que estaba al lado del marco.

—Espera a que termine Karwell.

Pero él no esperó. Internóse en el corredor, mientras cambiaba el peine de su pistola. A la izquierda había dos puertas cerradas. No había luz en el interior, y continuó adelante.

Se apagó la luz. Detrás de él sonaban las tenues pisadas de sus compañeros. Tuvo necesidad de encender la linterna para ver el camino. El pasillo torcía perpendicularmente a la izquierda. Por las rendijas y la cerradura de una puerta salía luz. Apagó la linterna y avanzó cautelosamente. Hasta él llegaba rumor de voces. No podía entender el significado, pero sí el acento ruso.

Aquella puerta estaba en otro ángulo del corredor, que torcía a la derecha. Llegó hasta allí. A la derecha, la puerta siguiente estaba abierta e iluminada. El americano vaciló, no sabiendo qué hacer. Volvió la cabeza. Sus dos compañeros alemanes avanzaban sigilosamente, llevando al frente las pistolas. Por señas les indicó

que siguieran hasta la otra puerta y que operasen simultáneamente.

Le entendieron y marcharon por el corredor, pasando frente a él. Keepler se acercó a la otra y prestó atención. Alguien decía dentro:

—...En llegar Paulus. Iré a echar un vistazo.

—Se habrá asomado a la calle. Habrá sido algún atropello.

George Keepler miró a sus compañeros que estaban pendientes de él, pegados contra la pared del pasillo y aun par de pasos de la puerta abierta. Les hizo una seña con la cabeza y cogió con cuidado el picaporte.

Hager dio un salto, enmarcándose con la pistola preparada para abrir fuego. Precipitadamente, Keepler hizo girar el picaporte y empujó la hoja de madera.

Tres hombres que estaban sentados alrededor de una mesa, frente a un tablero de ajedrez, levantaron la vista. Uno quiso levantarse precipitadamente y derribó la silla. Otro movió rápidamente su diestra hacia el interior de su americana. El tercero quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en el intruso, mientras George pasaba al interior encañonándoles y se oía la voz de Hager decir:

—¡Quietos!

—Levanten las manos y enlácenlas por detrás de la nuca —dijo el americano en ruso.

—¿Quién es usted? —preguntó el que derribara la silla, y que parecía más nervioso que los demás.

—El nombre no viene al caso. Obedezcan pronto o se arrepentirán.

Como un solo hombre, levantaron los brazos.

—¿Cuántos hay ahí? —preguntó en voz alta el americano.

—Dos. Se han entregado sin resistencia. ¿Necesitas ayuda? —contestó Karwell.

—Traedlos aquí.

En aquel momento, el ruso que estaba en pie se agachó bruscamente, quedando oculto por la mesa. El americano se agachó también aceleradamente para disparar contra él si se veía en peligro, al tiempo que decía:

—No haga tonterías.

Inmediatamente la mesa se levantó del costado donde estaba el hombre, pasó rozando a los otros dos rusos, y detenida por el que la había empujado, no llegó a dar la vuelta, sino que quedó de canto, a la par que Keepler abrió fuego dos veces consecutivas y daba un salto a la derecha.

Los dos proyectiles chocaron secamente contra el grueso tablero de la mesa y lo atravesaron, pero su fuerza penetrante debía de ser mínima al llegar al otro lado. Uno de los rusos, queriendo evitar el impacto de las balas, se echó hacia atrás con tal violencia, que él y silla cayeron aparatosamente, teniendo que separar las manos de la nuca.

Sin embargo, la caída le dio ocasión para volverse sobre el costado derecho, extrayendo un revólver de algún bolsillo de aquel lado. El americano se percató de ello con el tiempo justo para volver rápidamente el arma y apretar el gatillo.

Con un alarido salvaje, el hombre se estremeció, y el brazo armado le cayó pesadamente. El tercer ruso se levantó con las manos en la cabeza y retrocedió mirando vigilante a su enemigo, con ánimo de aprovechar cualquier descuido.

—Retírese de ahí y póngase de cara a la pared, si no quiere seguir la suerte de su compañero —dijo Keepler, que repartía su atención entre él y la mesa.

El que se había ocultado, asomóse en aquel instante por el lado derecho. Debía de estar arrodillado. Tanto él como Keepler dispararon precipitadamente, con demasiada precipitación para poder dar en el blanco, pues el ruso se escondió enseguida, y George saltó también a un lado.

El otro hombre aprovechó la oportunidad que le brindaba la intervención de su compañero y de un salto fue a parar detrás de la mesa, al tiempo que Karwell, que terminaba de llegar a la puerta, disparaba sobre él, errando el tiro.

—Arrojen las armas y salgan de ahí con las manos en alto. Si obedecen no les sucederá nada. Solo quiero hacerles unas preguntas; de ofrecer resistencia, les mataremos —conminó el capitán del Servicio de Información americano, mientras con la mano izquierda hacía señas a Karwell para que entrara en la habitación y vigilase la parte izquierda de la mesa.

El joven alemán no entendió bien la seña, y cautelosamente fue

a rodear el improvisado parapeto. A George no le pareció mal la idea. Tenía que forzar el desenlace. Hizo él lo mismo por el otro lado. Distaban cinco o seis pasos del mueble.

De pronto, aparecieron simultáneamente los dos rusos. Uno por encima del tablero; el otro, por la izquierda, a la altura del suelo. Restallaron varias detonaciones.

Con un balazo en el vientre, Karwell se dobló bruscamente por la cintura con el rostro desfigurado por una mueca de dolor. Un nuevo balazo le hizo estremecerse violentamente, modular un sordo gemido y caer hacia atrás.

El capitán Keepler había tenido más suerte, por su excelente puntería y desconcertante rapidez en el manejo de las armas cortas. El ruso que se había asomado por encima del tablero, apenas tuvo tiempo de verle. Una bala en el entrecejo le arrancó la vida, sin darle ocasión material de exhalar ni un gemido. Su revólver se disparó cuando ya el hombre desaparecía de la vista del americano, el cual tampoco podía divisar al quo terminaba de herir en el vientre a Karwell.

Apretando los dientes con rabia por la desgracia del joven alemán, George salvó de dos prodigiosos saltos la distancia que le separaba de la mesa. El ruso terminaba de disparar por segunda vez. Le debió oír y se revolvió como una alimaña; pero sus movimientos tenían que ser forzosamente más lentos que el de la diestra del encolerizado Keepler, el cual oprimió el gatillo tres veces consecutivas, innecesariamente, pues los dos primeros tiros acabaron con la vida del soviético.

Corrió George hacia Karwell para prestarle ayuda, pero nada pudo hacer. Ya no era sino un mártir más, caído por la libertad de su patria.

CAPÍTULO VI

—**V**IENES cariacontecido, muchacho, ¿malas noticias? — dijo el coronel Dawson al ver entrar al capitán George K. Keepler en su despacho.

—Sí. Anna ya no está en Berlín. Se la llevaron anteanoche a la prisión de Strausberg. Además, he conducido a la muerte a uno de los muchachos de “Alemania Libre”.

—¿Tienes la seguridad de lo que dices?

—En lo que cabe. Hemos asaltado una funeraria donde fue llevada en un ataúd y hemos interrogado a dos rusos que prefirieron entregarse a morir como sus tres restantes compañeros.

—¿Quieres decir que el interrogatorio ha sido de tal naturaleza que no pones en duda su resultado?

—Así es.

—Cuéntame con detalles todo eso,

Keepler le contó por encima todas sus gestiones y acciones de la movida jornada anterior.

—Creo que has llegado demasiado lejos, George. Esa gente merece que les devolvamos golpe por golpe, como tú dices, pero no podemos hacerlo. Esto daría origen a una serie de acciones y reacciones capaces de caldear más de lo conveniente la guerra fría, y no puedo cargar con esa responsabilidad.

—La responsabilidad es de quien ha iniciado esta serie interrumpida de secuestros y crímenes. Esa gente solo entiende el lenguaje de la fuerza, y creo que al ver rota su impunidad cesarán en sus ataques.

—Nada celebraría tanto, pero es demasiado aventurado. Hay que soltar al capitán Herzog. Conociendo el paradero de Anna Grossmann yo haré gestiones, oficiosas primero y oficiales después, para obtener su libertad.

—Fracasará, como en la mayor parte de los casos, señor. Inhíbese en este asunto. Yo tengo una doble personalidad. Pocos conocen la verdadera identidad de “Joe”. Más de una vez hemos leído que me toman por un antiguo oficial nazi protegido por nosotros. Pues bien, actuaré al frente de los miembros de “Alemania Libre”, y ninguna responsabilidad se nos podrá achacar oficialmente por nuestras actividades.

El coronel Dawson se quedó pensativo y acariciándose la barbilla. Keepler le observaba con expectación. Estaba seguro de que los sentimientos de su jefe coincidían con los suyos, y también sus puntos de vista. Pero era el responsable de la actividad espionística americana en Berlín y en toda la zona soviética alemana, y debía obrar con cautela.

Aprovechó su vacilación para insistir:

—Piénselo bien, mi coronel. A nada se arriesga. Oficialmente, tanto los rusos como las autoridades alemanes orientales dicen desconocer el rapto de Anna. Nosotros también actuaremos extraoficialmente, por medio de los miembros de la Resistencia. Triunfe o fracase, toda la responsabilidad se la llevarían ellos. Nada perdemos, y podemos ganar mucho, incluso la tranquilidad en nuestro sector, si les metemos miedo. En el peor de los casos, habremos creado algunos disturbios en la otra zona, con el consiguiente aumento del malestar social.

—Naturalmente, nosotros no podemos controlar las acciones de los alemanes descontentos del régimen soviético. Anna Grossmann es su heroína y, lógicamente, tienen que reaccionar al conocer que vive y ha sido secuestrada de nuevo —dijo el coronel, pensativo.

—Ha llegado Koliev. ¿Puede entrar? —dijo el capitán ayudante, desde la puerta del despacho.

—Que pase. De acuerdo, George; pero yo no sé nada de esto. Si ocurriera algo, actúas por tu cuenta exclusivamente, a espaldas mías. ¿Conforme?

—Totalmente, señor —sonrió Keepler, satisfecho—. ¿Puedo retirarme?

—Espera a ver qué noticias nos trae Koliev. Tenía una cita con Ruchenko.

Entró el ucraniano con cara de satisfacción.

—¡Vaya, por fin voy a recibir hoy alguna buena noticia! —dijo

el coronel, viéndole entrar tan sonriente.

—Cierto, mi coronel. Los lobos se muerden entre sí, lo cual quiere decir que dejarán tranquilas a las ovejas más o menos tiempo.

—Sea más explícito, por favor.

—Hola, capitán Keepler —sonrió el ruso.

—¿Una nueva purga? —inquirió Dawson con expectación.

—No llega a tanto. El teniente coronel Karbourof se puso repentinamente enfermo. Creo que un ataque al corazón: es lo clásico...

Lo dijo con acento intrascendente, casi jovial, como una gran noticia. El coronel Dawson palideció intensamente y se dejó caer en el sillón; pero se repuso enseguida, al menos exteriormente.

—¿Le conocía personalmente, mi coronel? —preguntó el ruso.

—No, desde luego que no; pero tengo entendido que era un militar íntegro —respondió en un susurro.

—Era el consejero más ecuaníme de la Comandancia soviética en Berlín, y también el consejero más desapasionado del alto comisario —intervino Keepler.

—Habrá sido acusado de concomitancia con una potencia imperialista. Ruchenko me ha dicho que la versión oficial es que ha enfermado súbitamente y que su estado es de extrema gravedad.

—¿Quiere decir que no ha muerto? —inquirió Dawson, animándose un poco.

—Ruchenko asegura que ha muerto y, no de enfermedad precisamente; e incluso me ha hablado de cierto incidente automovilístico de hace un par de días, que costó la vida a cuatro agentes soviéticos.

—¿Quién le ha sustituido como consejero?

—No se sabe aún.

—Trate de informarse; y tú lleva a cabo tu plan, sin debilidades de ninguna clase. Ahora déjenme solo; tengo mucho trabajo —dijo el coronel, que parecía agotado.

—Tengo que informarle de la conversación sostenida con mi amigo Ruchenko —insistió el ucraniano.

—Ya lo hará más tarde —dijo el coronel con acento duro.

Una sonrisa indefinible se diluyó en los gruesos labios de Koliev.

Luego se retiró con el capitán Keepler, el cual pensaba que era muy extraño el comportamiento de su jefe; tanto por su actitud al recibir la noticia de la muerte de Karbourof, como al ordenarle que llevase a cabo sus planes sin debilidades, lo cual estaba en abierta oposición con la actitud de vacilaciones de un momento antes. Instintiva y mentalmente enlazó ambas cuestiones, diciéndose que entre Dawson y el militar soviético existían relaciones afectivas o de índole profesional.

—Al coronel le ha sentado como un tiro la muerte de Karbourof, y no me explico por qué causa —dijo Koliev cuando salieron al antedespacho, que servía de despacho al capitán ayudante.

—El coronel trabaja con demasiada intensidad y está agotado —respondió Keepler, diciéndose que el ruso había tenido el mismo pensamiento que él y quería sonsacarle.

Cruzaron unas palabras con el capitán ayudante, y salieron a la calle. Por la escalera, Koliev preguntó:

—¿Cómo va el asunto ese del rapto de mistress Lethermann?

—Sin adelantar un paso. Nadie sabe nada de ella —mintió, pensando en la conversación que había sostenido con el coronel, y sintiendo instintivamente repugnancia hacia Koliev y todos aquellos que vendían sus servicios a una potencia extranjera traicionando a su patria, por muy descontentos que estuvieran de su régimen político.

—Yo me pregunto si la desgracia de Karbourof no estará relacionada de alguna manera con el secuestro de esa mujer —dijo el ruso cautelosamente.

—No concibo tal relación —respondió con acritud.

Se separaron en la calle. Keepler se dirigió a un restaurante a comer. Llevaba un par de días sin hacerlo a gusto. Luego tomó el ferrocarril elevado, pasó al sector soviético sin inconveniente y se metió en un café. Era una simple medida preventiva. La policía militar soviética y la secreta alemana-oriental vigilaba las estaciones tanto del “Metro” como del Elevado y solía seguir discretamente a los pasajeros que les parecían sospechosos.

Desde la mesa del café estuvo mirando distraídamente hacia la puerta para estudiar a los nuevos clientes que entraran. Estuvo un rato sin entrar nadie; pero en cambio vio pasar a Koliev, quien miró hacia el interior del café, pasando de largo.

Un rato después, y tras tomar sus medidas de precaución, el capitán Keepler se dirigió al domicilio del tío de Berta. Estaba comiendo.

—A las cinco será el entierro de Karwell —dijo el dueño de la casa mientras Keepler fumaba sentado cerca de la mesa.

—¿Habéis tomado las medidas para que no sospeche la Policía?

—Sí; el certificado de defunción está en regla, pero hemos desistido del primitivo plan. No habrá movilización. Un acompañamiento discreto bastará. Tenías razón. Podíamos poner sobre la pista a la Policía.

—Dios quiera que sea la última baja que tengamos que lamentar, cosa más que improbable. ¿Seguís dispuestos a asaltar la prisión de Strausberg para liberar a Anna?

—Las opiniones de los miembros del comité están divididas. Nos reuniremos esta noche. Sería conveniente que les hablaras tú. Con eso bastaría para vencer la resistencia de los timoratos.

—Quizá ellos sean los que estén en lo cierto. Vamos a arriesgar mucho en esa baza. Os conviene un estudio ponderado de todas las posibilidades.

—He oído decir que el primer consejero del Alto Comisario soviético ha caído en desgracia.

—Sí. Punchef ha logrado eliminarle. Quizá sea el comienzo de una purga en gran escala. En todo caso, tendemos a empeorar.

—Yo creo que debemos rescatar a Anna cueste lo que cueste. Yo seré la primera en hacer lo que me mandéis —dijo Berta, que había permanecido callada todo el rato, hasta que hubo terminado de comer.

—Esto es cosa de hombres —respondió su tío.

—Nadie mejor que yo para sonsacar a los guardianes; porque habrá que tomar información, ¿no?

—Eso ya lo estudiaremos —esquivó el dueño de la casa.

—Desde luego, Berta podría sernos de mucha utilidad en la fase preparatoria. Está adiestrada y se le dan bien esas cosas.

—Podríamos ir nosotros dos delante para estudiar el terreno. Hay quién va a esquiar a Strausberg. Si lo hiciéramos, no llamaríamos la atención —propuso la jovencita, animándosele los hermosos ojos.

—¿Cuáles son los miembros del comité que se muestran reacios, Franz?

—Schmur y Coppel.

—Iré a hablar con ellos. Me parece buena idea la de Berta.

—Entonces, voy a procurarme unos esquís para ti, y ropa adecuada —dijo Berta muy contenta, levantándose de la mesa.

Su tía cruzó una mirada de complicidad con ella, antes de decir:

—Berta está hecha ya una mujercita, y es la mar de decidida y encantadora, ¿verdad, Joe?

—Mucho —asintió él, sonriendo.

* * *

Strausberg, a veintisiete kilómetros del centro de la capital alemana, incorporado últimamente a los suburbios del gran Berlín, presentaba aún la mutilada fisonomía de una ciudad devastada por la guerra.

Cierto que algunas casas habían sido reedificadas y que de las demás habían sido quitados los escombros producidos por bombardeos y cañoneos rusos en el comienzo de la batalla final por Berlín. Pero la gente había acondicionado las ruinas como buenamente pudo, aprovechando cualquier habitación —o cosa, que le pareciera— para cobijarse.

En las proximidades de la prisión, situada extramuros, no había ningún hotel, pero sí un par de pensiones, en una de las cuales se alojaron Berta y George Keepler, convertidos en dos amantes de los deportes de nieve, por arte y gracia de los correspondientes equipos y de la indumentaria.

Realmente no es Strausberg un centro invernal de deportes; cierto que las montañas, al-este del pueblo, estaban totalmente nevadas, y también las lomas que circundan la prisión.

Estas lomas fueron, naturalmente, el lugar elegido por los dos jóvenes la tarde de su llegada. Esto les permitió estudiar el terreno. Escalaron la más elevada y más próxima. Desde allí se divisaba la tétrica mansión, que quedaba al pie de la falda.

—Creo que nos hemos dejado llevar demasiado por nuestro optimismo al pensar que podríamos libertar a Anna —dijo Berta, desalentada.

—No es fácil, ya lo suponía; pero tampoco es imposible —respondió el americano, pensativo.

No era muy grande la prisión, pero sí una verdadera fortaleza. Tenía forma cuadrada tanto el edificio como la doble tapia que lo rodeaba, formando una especie de foso y encuadrando unos amplios patios. En los cuatro ángulos había sendas garitas con otros tantos agentes de la Volkspolizei, uniformados y armados de metralletas. Dos de ellos combatían el frío paseando por el camino de ronda.

—Creí que montaban guardia los soldados rusos —dijo Berta—. Claro que son tan malos o más los compatriotas nuestros que les secundan.

George Keepler no contestó. Estaba estudiando el terreno y pensando. Ya sabían que un batallón soviético estaba acantonado en Strausberg. Aquello suponía que la única posibilidad de liberar a Anna y a los demás alemanes que gemían en aquella prisión consistía en asaltarla por medio de un rápido y audaz golpe de mano.

Los pinos llegaban hasta unos treinta o cuarenta metros de las tapias de la cárcel, por los dos lados que se podían divisar desde allí. Tal vez con ayuda de escalas...

—Sígueme, Berta. Daremos un vistazo por el otro lado, pero esquiando y sin detenernos. El centinela no nos pierde de vista. Tal vez me esté envidiando por estar aquí contigo.

—Apuesto a que a ti te importa un bledo mi compañía y que preferirías con mucho estar ocupando su sitio.

—Según en qué sentido lo digas. Estar a tu lado siempre es un placer, y noto que cualquier vestido te favorece. ¿No te ha dicho nadie que estás muy guapa?

—Que me lo digan los demás no me importa.

—¿Ni siquiera Alex?

—No seas pesado con Alex. Tu manera de ser me desorienta, créeme —dijo, desconcertada, después de haberse animado.

—Es mejor que vayamos a ver eso, Berta. Podría olvidar quiénes somos. No soy de hielo.

—Te equivocas, Joe. Eres un iceberg, un completo iceberg —dijo ella desafiándole, plantándose delante de él, con la cabeza

levantada y mirándole a los ojos retadoramente.

—No seas chiquilla, Berta; ya no eres una muchacha.

—A juzgar por tu trato, sí; pero te equivocas. No soy de nieve y tengo un alma capaz de sentir. No me pasa como a ti —casi gritó ella.

Había erguido el bien moldeado busto, y chispeaban sus pupilas. Parecía a punto de estallar en sollozos, en crisis nerviosa. De pronto el americano la estrechó por el talle, la atrajo hacia sí cual si pretendiera estrujarla, y la besó fuerte y prolongadamente. Ella no ofreció resistencia. No estaba deseando otra cosa...

Luego, la soltó bruscamente y se dejó deslizar por la nevada cuesta, tras recoger las raquetas.

—¡Joe! —llamó ella, no comprendiendo aquel extraño proceder. Luego rio alegremente y se lanzó en persecución del joven.

CAPÍTULO VII

DOS días después, a las once menos cuarto de la mañana, se abrieron las puertas de la prisión de Strausberg para los visitantes del exterior, particularmente abundantes aquel día.

Presos políticos y comunes, de Strausberg o de fuera, estaban de enhorabuena aquel día. Algunos recibían dos visitas; otros, una, y muchos... ninguna.

Y lo curioso era que entre los que habían formalizado la petición de comunicar en las oficinas de la prisión abundaban más los hombres que las mujeres, y más los jóvenes entre dieciocho y treinta años que los de más edad.

Estaban todos esperando en el embaldosado vestíbulo, sentados en los bancos de madera apoyados contra la pared, frente a las ventanillas de las oficinas, o bien paseando inquietos o fumando recostados en la pared, ya aislados, ya formando pequeños grupos que hablaban de sus familiares encerrados allí o de cosas intrascendentes, pues sabían que no faltaba entre ellos quien estuviera escuchando sus conversaciones con fines nada piadosos.

A las once en punto, un cancerbero abrió una puerta enrejada, y con insolencia les ordenó que le siguieran y luego que esperasen en una especie de antesala de los locutorios.

Solo quedaron en el vestíbulo dos jóvenes, que se cruzaban en sus paseos, sin mirarse siquiera. Ambos coincidieron en desabrocharse los abrigos, lo que parecía atentar contra toda lógica, pues hacía un frío glacial en aquella parte de la prisión.

Un guardián se paseaba por el pasillo de los locutorios. Al ver entrar al carcelero que había llevado hasta allí a los que iban a comunicar, se detuvo, y le dijo echando una mirada circular por los del interior:

—¡Hum! ¡Muy concurrido está esto hoy! ¿De dónde ha salido

tanto jovencito?

—Por mi parte, a gusto les cerraría las puertas para que nos hicieran compañía una temporada.

—¿Qué día es hoy, Krausel?... ¿No será algún aniversario nazi?

Llegaban hasta ellos las voces que daban en el interior nombrando a los presos que debían comunicar. Un nuevo carcelero entró en la antesala, y también pareció sorprenderse por la visita de tanto joven.

—¿De dónde has sacado todo esto, Krausel?

—La han tomado con nosotros —comentó Hager en voz baja y con acento burlón.

A su lado, el americano George Keepler sonrió, y comenzó a desabrocharse pausadamente el abrigo. Como si las miradas de otros quince jóvenes estuvieran pendientes de él, comenzaron a desabrocharse unos detrás de otros. Algunos ya lo estaban. Los tres guardianes se habían reunido y hacían comentarios en voz bastante alta para que les pudieran oír los visitantes, pese a lo mortificante de tales comentarios.

Keepler hizo un leve movimiento de cabeza y avanzó hacia los cancerberos, cual si fuera a hacerles una pregunta, pero una riada de reclusos se desbordó en aquel instante, invadiendo las cabinas de los locutorios, aislados por rejas de hierro y tela metálica para que los visitantes no aprovecharan cualquier descuido de los guardianes, pasando objetos prohibidos a los presos.

Naturalmente, los jóvenes de las escuadras de acción de “Alemania Libre” desconocían por completo a los presos a quienes iban a visitar, pese a haberse presentado como familiares, y tuvieron que esperar que las mujeres fueran ocupando las cabinas a medida que reconocían a sus deudos. En aquel preciso momento, el capitán Keepler metió la diestra en un bolsillo de la americana, la sacó armada de una pistola, con la que encañonó a los tres guardianes antes de que se separaran.

Quince pistolas ametralladoras surgieron como por encanto de debajo de los abrigos de otros tantos miembros de las escuadras de choque.

—Que nadie se mueva ni dé la señal de alarma. Si esos dos intentan huir o gritar, disparad contra ellos —dijo el capitán del servicio de Información americano, refiriéndose a dos guardianes

que habían entrado con los reclusos, al otro lado de los locutorios.

La advertencia era obvia. Sus hombres ya habían recibido órdenes en tal sentido, y habían ido allí voluntariamente y dispuestos a jugarse la vida a una sola carta. También era obvia para los carceleros, los cuales se quedaron paralizados por el terror al verse encañonados por tantas armas ametralladoras.

Como un alud, media docena de jóvenes cayeron sobre los tres guardianes encañonados por Keepler y los desarmaron en un santiamén, apoderándose de cuantas llaves llevaban encima.

—¿Venís a liberarnos, compañeros? —preguntó con ansiedad un hombre de edad madura que había en el locutorio de enfrente.

Fue la primera voz que se oyó. Los demás habían quedado paralizados por el estupor, y solo entonces comenzaron a formular preguntas atropelladamente, coreados por las mujeres, que parecían asustadas a la par que esperanzadas.

—Callad todos. Venimos a ponerlos en libertad, pero si seguís armando ese griterío, nos haréis fracasar... Desarmad a esos guardianes y apoderados de sus armas. Nada de barullos ni jaleos. Quedaos ahí. La guardia exterior no tiene que sospechar nada.

Las últimas frases no las oyó ninguno de los presos seguramente, pues corrieron en desbordada avalancha hacia los guardianes; los cuales, empujados por el terror y quizá también por el hecho de que la masa humana les cubrió de las armas de los asaltantes, echaron a correr y empuñaron sus pistolas, disparando sobre los reclusos.

Tres o cuatro de ellos rodaron por el suelo profiriendo gritos de dolor. Keepler lanzó una maldición, y en vano gritó ordenando que se arrojaran al suelo.

Desde el último locutorio, una pistola ametralladora pareció tartamudear, al soltar su mortífera carga. Dos gritos de muerte fueron la respuesta inmediata. Los presos continuaron corriendo y se lanzaron como lobos hambrientos sobre sus presas, confiando poder apoderarse de una pistola que les hiciera sentirse más seguros de sí mismos y más cerca de la libertad.

Keepler estaba de un humor de perros, y procuraba dominar sus nervios por sentir la responsabilidad de las vidas de los jóvenes que actuaban bajo sus órdenes.

—¿Qué llaves sirven para entrar allí dentro? ¡Pronto o le

levanto la tapa de los sesos! —dijo con voz alterada, aplicando el cañón de su pistola automática a la frente del guardián que había entrado último y que había sido desprovisto de su manajo de llaves.

—Esta es la de la cancela, y esta otra la de la rotonda; pero suele estar abierta... —se apresuró a decir el hombre con gesto de terror.

—Si miente, volveré para hacerle un agujero en la frente —amenazó con voz terrible.

El hombre no contestó.

—Dejadles fuera de combate —dijo entonces el americano, golpeando con fuerza el cráneo del alemán con el cañón de su pistola.

No bastó. El hombre lanzó un alarido de dolor, e intentó defenderse, demasiado tarde. Nuevamente el cañón se abatió sobre su cabeza, y esta vez le abrió una brecha, y el alemán exhaló un gruñido gutural y rodó por tierra, donde ya estaban sus dos compañeros, abatidos a golpes tan contundentes de las pistolas ametralladoras, que quedaron con los cráneos hendidos y posiblemente muertos.

Ya algunos asaltantes habían salido de allí por la puerta abierta, y se oía el tabletear de las ametralladoras, y las respuestas de otras armas.

Los dos miembros de las escuadras de choque que habían quedado paseando frente a las oficinas, se habían dejado llevar por su odio a sus compatriotas aliados al invasor soviético, y en vez de neutralizar a los funcionarios de las oficinas, como les había ordenado Keepler, habían considerado más expeditivo y seguro barrerles con sus pistolas ametralladoras, corriendo después hacia la puerta para guardar las espaldas a sus compañeros.



Dispararon furiosamente contra los guardianes

Cuando el rubio mocetón de Hendrich, Keepler, Hager y unos cuantos más llegaron a la cancela, las armas habían dejado de vomitar fuego y plomo, Hendrich, que había cogido el manojo de llaves, abrió sin dificultad la puerta con la que indicó el carcelero.

Ante ellos, un corto y ancho pasillo, una puerta de hierro abierta, y una rotonda circular, donde yacían dos cadáveres. Al atravesar la puerta, tableteó una metralleta, y Hendrich y otro joven se doblaron sobre sí mismos con las vidas tronchadas y

cayeron para no levantarse más.

Los demás se detuvieron y retrocedieron un poco. Allí en la rotonda se iniciaban cuatro galerías con potentes rejas férreas y la correspondiente puerta de la misma forma.

A través de los barrotes, un oficial de prisiones de mediana edad, abrió fuego contra los asaltantes con una pistola automática. No pudo hacer más que dos disparos que no alcanzaron a nadie. Antes de disparar el tercero ya había recibido en el pecho una rociada de balas e iniciaba un salto mortal que terminaría en el infierno.

También un oficial y un carcelero, con idénticas armas, disparaban desde la galería central; pero se retiraron con presteza cuando vieron que sus enemigos iban a abrir fuego contra ellos.

Un muchacho de la Resistencia cometió la imprudencia de asomarse a la rotonda para localizar al de la metralleta. Aquello le fue fatal. Su grito de muerte quebró un instante el trágico cantar del arma ametralladora.

—¡Pronto, las granadas! —gritó Hager, dando el ejemplo.

Sacó una, tiró del seguro, contó hasta siete, y la arrojó hacia la izquierda con fuerza, asomando el brazo.

—Basta con esa —gritó Keepler precipitadamente, al ver que otros compañeros suyos se disponían a arrojar nuevas granadas.

Antes de que terminara de hablar, hizo explosión el artefacto. Algunos trozos de metralla pasaron silbando por delante de la puerta de la rotonda donde se hallaban los asaltantes, o chocaron contra la pared.

Con la pistola ametralladora firmemente empuñada, el capitán Keepler dio un salto adelante cuando aún la detonación zumbaba en sus oídos. En la puerta de la galería de la izquierda había dos carceleros en el suelo, heridos. Uno empuñaba una metralleta. A la izquierda, en el centro de la rotonda, estaba la Dirección, formando una especie de templete circular, de amplios ventanales. Un sangrante cadáver estaba macabramente doblado sobre el alféizar, con la cabeza y los brazos colgando al exterior. En el suelo, una pistola. De pronto, otro hombre empuñando una metralleta se asomó en la misma ventana.

Keepler apuntó en aquella dirección y oprimió el gatillo. El arma tableteó furiosamente y el hombre alzó los brazos, dio un

grito espantoso y cayó aparatosamente de espaldas, desapareciendo de la vista del americano.

Ya los guerrilleros alemanes habían invadido la rotonda y se diseminaban corriendo, tomando posiciones por las enrejadas puertas de las galerías, abriendo fuego.

Solo fue un instante. Las armas callaron. El odio y el afán revanchista por la muerte de sus compañeros hizo que los asaltantes remataran a los heridos.

Como una tromba salieron por una puerta los presos que habían ido a comunicar, y despojaron a muertos y heridos de ambos bandos de sus armas y municiones. Ya por entonces los asaltantes se habían dispersado por tres de las galerías abiertas, apoderándose de las llaves de los carceleros.

Casi todos los presos estaban en los patios. Los restantes guardianes no ofrecieron resistencia y levantaron los brazos. Los reclusos se encargaron de ellos. Los policías, desde las garitas o el camino de ronda abrieron fuego. Algunos presos fueron alcanzados. Los demás se dispersaron a la carrera o se echaron cuerpo a tierra.

Se calmaron los nervios de los reclusos que fueron a comunicar que no habían conseguido armas.

—¡Venga, a las celdas del primer piso! —gritó uno de los jefes de escuadra, imponiéndose en el tumulto.

Kepler abordó a un preso de unos sesenta años y rostro escuálido.

—No veo a ninguna mujer. ¿Es que no hay mujeres en esta prisión?

—Sí; en la primera galería. No son muchas.

—¿Cuál es?

—Salga a la rotonda. La primera de la derecha.

—Phil, que abran todas las celdas y dejen en libertad a quienes las ocupen —gritó el americano, viendo a Hager.

—Está bien, Joe. Venga, hacedlo vosotros mismos, muchachos.

Kepler no supo a quien se dirigía Hager, pues él corrió hacia, la rotonda central. La primera galería era la única cuya puerta enrejada continuaba cerrada. El oficial y un carcelero yacían gravemente heridos cerca de la reja y se desangraban por una serie de heridas.

Desesperado, George sacudió con furia la puerta, inútilmente. En la galería no se veía más que a una mujer con uniforme y aspecto de arpía, que le miraba aterrorizada, asomándose por el quicio de una puerta.

—¡Abra o la mataré! —rugió el americano, encañonándola.

La celadora se escondió.

—Podemos saltar la tapia de la enfermería —dijo alguien detrás del joven.

Volvió la cabeza. Se trataba del viejo que le había informado y de otro caballero de mediana edad y aspecto enfermizo.

—Enséñeme la enfermería.

—No hace falta ya —intervino el viejo.

En efecto, en el interior de la galería se oía un gran griterío. Keepler miró hacia allí. Diez o doce mujeres formaban un grupo vociferante y gesticulaban alrededor de un punto central, que no podía ser sino la celadora, a la que tiraban de los pelos y golpeaban.

—¡Eh, quiten las llaves al oficial y abran la puerta! —gritó el viejo.

Tres mujeres se separaron del grupo para seguir las indicaciones del recluso.

—¿Nos van a soltar a todas? —preguntó una, mientras su compañera probaba las llaves en la cerradura del cerrojo, con demasiado nerviosismo.

—Las puertas están abiertas para todo el que quiera marcharse. Pero tienen que esperar a que les demos instrucciones. Hace tres días ingresaron a una mujer joven y guapa llamada Anna Grossmann. ¿Saben dónde está?

—Seguramente incomunicada, si es nueva.

—Será la que tienen en la cinco. ¡Pobre muchacha! —respondió la que probaba las llaves.

Consiguió abrir, y descorrió el cerrojo.

* * *

Cuatro jóvenes, casi muchachos, cruzaron la enorme puerta de la prisión de Strausberg a las once en punto. Algunas mujeres estaban dejando los cubos de la comida, que dos guardianes

registraban meticulosamente.

A la derecha de la entrada, había unas edificaciones bajas de una sola planta. En realidad solo se trataba del retén de guardia en la prisión y de la caseta que ocupaba el guardián de la puerta exterior. Encima mismo había una garita. El centinela se paseaba con el fusil ametrallador ligero, al hombro.

Durante unos segundos se quedó mirando a los jóvenes que se habían quedado en medio del patio, curioseando por allí. Después debió sentir frío y reanudó su paseo.

Dos de los curiosos visitantes se encaminaron vacilando hacia las casetas.

—Eh, ¿qué buscáis por ahí? —gruño uno de los guardianes que revisaba la comida.

—Voy a ver si está de servicio mi primo Schmid. Me dijo que viniera a verle —respondió con aplomo uno de los jóvenes.

—¿Es de la Volkspolizei?

—Sí.

—Entonces, en la segunda puerta.

Otra vez el centinela, desde lo alto, dejó de pasear y miró hacia abajo, curioso. Los dos visitantes siguieron hasta la puerta que les indicó el carcelero. Estaba entornada.

Uno de los jóvenes empujó la hoja de madera. Una bocanada de aire caliente salió del interior, al tiempo que una serie de ronquidos, en dos gamas diferentes. La habitación era grande. En el centro había una estufa de carbón al rojo vivo, y alrededor de ella un sargento y cinco policías sentados. Unos leían, otro dormitaba dando cabezazos. Más allá, en unas jergonetas, tres más dormían a pierna suelta. Cerca de ellos estaban los fusiles ametralladores.

Los que estaban despiertos levantaron la cabeza hacia la puerta, mirando inquisitivamente a los dos que se habían enmarcado en ella.

—¿Está aquí Schmid? —preguntó con voz inocente el que habló con el carcelero.

—¿Qué quieres? —contestó uno de los agentes, que debía llamarse de aquella manera.

—Hablar con él. Me ha dicho que viniera.

En aquel momento se oyeron tres o cuatro detonaciones casi

simultáneas. Cual si se tratara de la señal esperada, los dos jóvenes actuaron con sorprendente rapidez, empuñando sendas pistolas automáticas, al tiempo que el sargento ordenaba, levantándose de un salto:

—¡A las armas!

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó uno de los intrusos.

Dos de los policías no se habían percatado de las amenazas o la subestimaron. Los dos cayeron heridos antes de poder alcanzar sus fusiles ametralladores, a la par que en el exterior tableteaba furiosamente una pistola ametralladora, y el centinela caía en el camino de ronda, acribillado a balazos.

También uno de los que había en el retén sacó una pistola ametralladora de una funda que llevaba en el costado izquierdo debajo del abrigo y encañonó a los agentes de la Volkspolizei, que no tuvieron el menor inconveniente en levantar los brazos y en colocarse de cara a la pared, lo mismo que los tres durmientes, que se habían despertado sobresaltados al oír los dos primeros tiros.

Asimismo en los pinos que rodeaban las tapias de la prisión, había gente apostada, si bien en corto número. El centinela del ángulo sureste fue muerto por la espalda, al iniciarse el tiroteo en el interior de la cárcel.

Los otros dos estaban metidos en sus garitas y habían abierto fuego contra los amotinados y los asaltantes, los cuales no tardaron en responder al fuego desde las puertas de los patios y de las ventanas de las celdas del primer piso.

Otro de los centinelas, el que ocupaba el ángulo derecho de la fachada, fue eliminado después de haber causado unas cuantas bajas a los reclusos. El otro se ocultó en la garita, pero neutralizado por las armas de sus enemigos, no se atrevió a moverse de allí dentro.

Fue uno de los escasos supervivientes de la prisión de Strausberg, y desde luego, el único que resultó ileso.

CAPÍTULO VIII

LA celda número 5 estaba en la planta baja. Todas las de aquella planta eran celdas de castigo, de período sanitario y de condenación a muerte, según fueron explicando las reclusas al capitán George Keepler.

El joven dio vuelta a la llave con una sensación de ansiedad y zozobra. ¿Estaría realmente ocupada por Anna Grossmann? Chirrió el cerrojo al ser descorrido, y Keepler tiró de él con fuerza. Una habitación rectangular y pequeña. Al fondo, un ventanuco con unos barrotes de hierro cruzados. Más bien parecía una tronera que permitía divisar el formidable grosor de pared.

Olía a humedad, y el ventanuco y la puerta no bastaban para dar claridad a la celda, quedando las zonas próximas a las paredes laterales sumidas en una discreta penumbra. Allí, en un rincón, sobre una jergoneta tirada en el húmedo suelo, había un cuerpo. Una mujer sin duda alguna.

Pero más bien parecía una estatua, con las piernas encogidas y la cabeza inclinada sobre el pecho. Parecía insensible a las furiosas ráfagas de las armas ametralladoras y al ruido de la llave, el cerrojo y la puerta. No levantó la cabeza, no se movió lo más mínimo

—¡Anna! —exclamó, con angustiosa incertidumbre, pues procediendo de la claridad, no podía divisar las facciones de la mujer

Persistió la inmovilidad. Aquella mujer, sin conciencia de cuanto le rodeaba no podía ser Anna Grossmann. Hacía muy pocos días que había caído en poder de sus enemigos para que se encontrara en aquel estado.

Cuando, llevado de estos razonamientos y con el alma indignada, se disponía a continuar abriendo celdas, recordó con un estremecimiento las palabras de las reclusas. La ocupante de la

celda 5 había ingresado tres días antes. ¿Sería?

Entró en la lóbrega habitación. Hacía un frío húmedo, difícilmente soportable allí dentro. Nuevo estremecimiento de George. Sintió que una rabia impotente se apoderaba de él. Había reconocido a Anna, pero, ¡cuán diferente aquella mujer a la que había visto unas noches antes en un palco de la Komodie, llena de vitalidad y belleza!

—¿Anna? Pero, ¿no me oyes...? Soy yo, George, ¡tu George! —exclamó dolorosamente impresionado, cogiéndola de la barbilla y levantándole la cara.

Ella le miró con ojos fríos, como idiotizados, sin expresión alguna, como su rostro.

—Vengo a salvarte, Anna. Hemos tomado la prisión por asalto y estás libre. ¡Ven, ánimate y vámonos! —insistió él, queriendo dar una entonación alegre a su voz, aunque temblaban sus manos de cólera.

La cogió de los hombros y la zarandeó. El tratamiento pareció surtir su efecto. Los ojos de la mujer expresaron un terror cerval y balbució con voz impersonal:

—“Yo, Anna Grossmann, declaró ser una espía americana, traidora a mi Patria y agente provocador del imperialismo yanqui, que me pagaba para luchar contra la República Democrática Popular, contratando agentes nazis para el resurgimiento del nacionalsocialismo...”

—¡Criminales! —masculló el americano, sintiendo que un frío glacial le recorría la médula.

La joven comenzó a recitar la misma cantinela con su voz de autómatas sin conciencia. Daba pena oírla y pensar de qué criminales procedimientos se habrían valido para grabar aquel disco en su cerebro, tan falso como ajeno a su voluntad.

Keepleser enfundó la pistola ametralladora. Había tomado una determinación. Cogió a Anna por los sobacos, la levantó sin que ella ofreciera resistencia, pero sin que tampoco hiciera nada por moverse, y se la cargó al hombro.

Salió de la celda. Las reclusas se habían marchado. Nadie quedaba en la galería. Casi todas las puertas de la planta baja estaban abiertas, lo que parecía demostrar que al sentimiento de compañerismo había dominado el natural egoísmo en tales casos.

También habían enmudecido las armas. Solo se oía un lejano rumor multitudinario de voces.

A grandes zancadas caminó por la galería hacia la rotonda con su inconsciente carga humana. Poco después vio a Hager y a Mein, otro jefe de escuadra, que sin duda iban en su busca.

—¿Es Anna? —preguntó el primero con acento emocionado.

—Al menos, lo que nos han dejado de ella esos criminales. La han convertido en una autómata.

—Y, ¿aún querías que respetáramos sus vidas? ¿Qué le han hecho? —dijo Mein.

—No lo sé. ¿Habéis dado instrucciones a los presos para que puedan alcanzar los camiones?

—Sí. Hay que correr, Joe. La fiesta pirotécnica ha durado más de la cuenta, y el batallón ruso no dista mucho de aquí.

—¿Dónde están los demás?

—No te preocupes de ellos. Se han cumplido tus instrucciones. Lo interesante es que hayan llegado los coches.

Sí, habían llegado, y también tres camiones, tomados rápidamente al asalto por los que se fugaban, que no bajarían del centenar. Los miembros de las escuadras habían tenido que imponerse con las armas para que no fueran asaltados los cinco coches correspondientes a otras tantas escuadras que habían participado en la operación.

—¿Cuántas bajas hemos tenido? —interrogó el capitán americano.

—Tres, y los tres muertos. Keller tiene una herida en el brazo, pero sin importancia.

—¿Sus armas?

—Las han cogido los presos.

—Distribuye otras tres a un liberto político de cada uno de los camiones y recomiéndales que se dirijan a Verpeuchen, Dahlewil y Kopnick. Sería una quimera soñar que puedan llegar a Berlín en grupo.

Mein ejecutó la orden mientras Keepler y Hager acomodaban a Anna en un coche. Berta bajó de otro y corrió hacia ellos.

—¡Pobre Anna! No parece la misma. Iré con ella para cuidarla. ¿No me reconoces, Anna? —dijo la joven trigüeña, mirándola

sorprendida, pero dirigiendo la primera parte del comentario a George.

—Este coche lo ocupará mi escuadra. Tenemos que defenderla como sea —dijo Hager.

Anna se había recostado contra el asiento y les miraba fríamente.

—Sube, Berta. Creo que podremos caber todos. El pobre Hendrich ha quedado ahí dentro, y ya no podrá ocupar una plaza más que en nuestro corazón —dijo Keepler.

Dos camiones arrancaron. Sus ocupantes miraban con avidez en dirección al pueblo. Parecía haber desaparecido su alborotado entusiasmo del interior de la cárcel y sus famélicos rostros más expresaban temor que otra cosa.

Un hombre y dos mujeres saltaron del tercer camión cuando arrancaba.

—¡Quedaos, ilusos! ¿Creéis que podréis llegar muy lejos sin que os cojan y os sometan a los más terribles castigos? —gritó una mujer con voz de oráculo.

Un hombre que rayaría en los sesenta años gritó exigiendo que detuvieran el vehículo, mientras se esforzaba por abrirse paso hasta la parte posterior. No se lo permitieron. Por el contrario, hicieron caer las cortinillas de lona, quedando ocultos al exterior.

—¡Venga, en marcha y que cada uno siga las instrucciones recibidas! —ordenó Keepler.

La mayor parte de los miembros de las escuadras de choque de “Alemania Libre” se habían acomodado ya en sus respectivos vehículos y los pocos que habían quedado vigilando fuera, se precipitaron hacia los coches, que se dirigieron a buena velocidad hacia el pueblo.

Había gran revuelo en las calles, sobre todo en extramuros desde donde se podía divisar la cárcel. En vez de alcanzar la calle principal, por la que pasa la carretera de Krustrin, tomaron una paralela a gran velocidad.

Al pasar por una transversal, vieron que por la principal y en dirección opuesta, marchaba un camión militar cargado con soldados rusos.

—Si han tomado la salida del pueblo miliarmente, estamos

perdidos —comentó Hager, que estaba sentado en el *baquet*, al lado de Keepler, que conducía el coche que iba en cabeza.

—Hasta ahora, las fuerzas militares soviéticas se han limitado a patrullar con sus tanques, sin intervenir directamente en vuestros disturbios internos. Esperemos que hagan lo mismo esta vez, aunque haremos lo posible por no comprobarlo a cuenta de nuestra sangre.

De pronto, vieron un grupo de infantería que desembocaba en la calle que ellos seguían. Keepler dejó de acelerar.

—¿Qué hacemos, liarnos a tiros con ellos? —inquirió Hager, desenfundando la pistola ametralladora.

—Estar preparados para repeler cualquier agresión. Tomaremos la calle de la izquierda, y buscaremos cualquier camino vecinal pues habrán ocupado las dos salidas de la carretera.

Lo hizo como acababa de indicar. Desde unos doscientos metros de la esquina, el oficial soviético que mandaba el destacamento les dio el alto, pero ya el coche, con un potente frenazo, viraba por la otra calle.

También el segundo coche dio la vuelta sin novedad, pero no así el tercero. El oficial ruso disparó un tiro de aviso, y debió ordenar a sus hombres que se preparasen para abrir fuego, pues se llevaron las armas a la cara tras montarlas con celeridad.

Los ocupantes del tercer coche no esperaron a averiguar cuáles eran las verdaderas intenciones de los rusos, y cuatro pistolas ametralladoras atronaron el espacio con su canción de muerte.

Se produjo un breve desconcierto en el pelotón soviético. Cinco o seis soldados fueron barridos por las balas. Los demás se echaron cuerpo a tierra o corrieron a protegerse en los portales. Solo tres aguantaron a pie firme, abriendo fuego sobre el vehículo, que alcanzó la esquina sin novedad, cuando ya los ocupantes del siguiente disparaban, secundados por los del quinto.

Los tres rusos que se habían quedado de pie fueron segados a las primeras ráfagas; también se retorció convulsivamente uno de los que estaban cuerpo a tierra; pero los dos alemanes que iban en el *baquet* fueron alcanzados por una de las ráfagas de fusil ametrallador de los soviéticos, y el coche, que ya había iniciado el viraje, se precipitó sobre los edificios de la izquierda a considerable velocidad, chocó contra una pared, y volcó aparatosamente dando

dos o tres vueltas de campana, cayendo sobre los rusos que estaban cuerpo a tierra en medio de la calzada...

Los gritos de terror y dolor de los alemanes se mezclaron con los de los rusos. Entre los ilesos de ambos bandos, hubo un instante de perplejidad. Fueron los fugitivos del quinto coche los que primero reaccionaron, abriendo un furioso fuego sobre los pocos soviéticos que se habían parapetado en los quicios de las puertas. Mientras, el que iba en el *baquet* al lado del conductor, le decía, viendo su vacilación.

—¡Hay que huir, Fred! Nada podemos hacer por nuestros compañeros.

Era una triste realidad. No podían exponerse a que llegaran refuerzos rusos, y lo más probable era que los ocupantes del coche siniestrado hubiesen muerto o estuvieran gravemente heridos.

Dos soldados soviéticos dieron sendos saltos mortales al ponerse al descubierto para disparar. Debajo y alrededor del automóvil reinaba el dolor y la confusión. Los gritos llegaban hasta los ocupantes del coche, y el conductor frenó en seco cuando hubo dado la vuelta a la esquina.

—No podemos dejar a nuestros compañeros malheridos y en poder de los rusos, siendo así que tenemos posibilidad de salvarlos —gritó, rebelándose contra lo que había dicho el jefe de escuadra.

—¡Sigue adelante, Fred, no seas loco! —exigió.

Pero los tres que iban en el asiento posterior se apearon y corrieron hacia la esquina, sin hacer caso a su jefe, que les gritaba:

—¡Subid, no podemos perder tiempo!

—Si solo quedan dos soldados rusos ilesos... —comentó el chofer, apeándose también.

Era cierto. Solo quedaban dos soviéticos en las puertas, pero habían ido a ayudar a las víctimas del coche volcado, y en él se parapetaron, haciendo fuego contra los alemanes, hasta que estos vieron avanzar veloz hacia ellos un tanque ligero, y tuvieron que abandonar la partida huyendo a todo gas, sin haber conseguido más que perder tiempo.

* * *

Los demás coches siguieron al primero, conducido por el

capitán Keepler, tomaron un camino del sur del pueblo, encharcado por la nieve derretida.

No tenían la menor idea de a dónde podría conducirles, pero lo fundamental consistía en abandonar Strausberg sin tropezar con las fuerzas soviéticas.

Por fin lograron salir por un camino transversal a la carretera de Berlín, sin que nadie les persiguiera. Aquello era extraño. Los del último coche habían logrado orientarse y por el camino del campo habían podido acercar la distancia, encontrándose a unos quinientos metros del anterior.

—Falta el coche de Vessel. Tiene que haberle sucedido algo, pues de lo contrario no le habría adelantado Kens —dijo Hager, que se había asomado una vez más a la ventanilla para ver si eran perseguidos.

Keepler no contestó. La inquietud se reflejaba en su rostro y también en los de los demás ocupantes del vehículo. En Anna Grossmann se iba realizando un cambio gradual y progresivo. Como una autómatas, había repetido varias veces aquella peroración, aprendida como un disco:

—“Yo, Anna Grossmann, declaro ser una espía americana, traidora a mi Patria y agente provocadora del imperialismo yanqui, que me pagaba para luchar contra la República Democrática Popular, contratando agentes nazis para el resurgimiento del nacionalsocialismo”.

Pero hacía un rato que no lo repetía, y sus ojos, apagados y fríos hasta entonces, comenzaban a animarse, con algún que otro destello de inteligencia.

Berta la miraba compasivamente y la hablaba, tratando de hacerle recordar, recobrar la plena conciencia de sí misma.

—Los rusos habrán telefoneado a Berlín, y nos estarán esperando con bombo y platillos —dijo Strog, uno de los componentes de la escuadra de Hager, exteriorizando la inquietud general.

—¿Qué piensas hacer, Joe? —inquirió Smoll, el otro superviviente de la escuadra.

—Hay que llegar como sea a cierta finca.

—¿A cuál?

—Ersatz Haus. La tenía reservada para un caso de emergencia. Creo que ha llegado el momento de utilizarla.

—No la conozco.

—Queda bastante lejos de aquí, entre las carreteras de Bernau y Verneuchen. Allí estaremos seguros, en lo que cabe.

—¿Son de confianza los que viven allí?

Por toda respuesta, el americano sonrió. Pisaba a fondo el acelerador. La carretera era de segundo orden, pero ancha, de buenos firmes y, sobre todo, sin tráfico alguno hasta aquel momento.

Los hitos kilométricos se sucedían con rapidez. Pasaron el once, sin que los rusos hicieran acto de presencia por ninguna parte. Dos coches les cruzaron, y después un camión.

—Estaría bien que mientras nosotros nos devanamos la cabeza pensando en los peligros que nos aguardan, resultara que los rusos no hacen nada por detenernos —dijo Hans Smoll.

Nadie le hizo caso. Berta estaba excitada. Anna la estaba mirando con cara de asombro, y pestañeó tres o cuatro veces. Había desaparecido de pronto su expresión idiotizada. Miró a Smoll y a Strong, que ocupaban respectivamente los extremos derecho e izquierdo del asiento, quedando ella y Berta entre los dos.

Luego se llevó la diestra a la frente y se la oprimió con fuerza.

—¿Te duele la cabeza, Anna? —inquirió la joven trigueña con ansiedad ante aquella súbita transformación.

—Sí, mucho; pero, ¿eres tú realmente Berta Newmann, o me engañan los ojos y los oídos?

—Te hemos salvado de la prisión, Anna ¡No sueñas, no! —estalló Berta, con júbilo.

—¡Hurra! —gritaron a coro Smoll y Strong.

Hager volvió la cabeza hacia ellos, y Keepler miró por el espejo retrovisor, mientras gritaba:

—¿Qué sucede?

—Anna. Se le han pasado los efectos de la droga —respondió Strong de la misma manera, dando por cierto que la joven había estado hasta entonces bajo los efectos de algún específico.

—¡Hola, Anna! Después hablaremos. Cogeos, que voy a frenar.

Apenas dio tiempo a que sus compañeros siguieran la

recomendación. A la derecha se iniciaba un camino bordeado de árboles, y tras frenar lo tomó en curva cerrada. Los demás coches le imitaron. Había algunas casas de labor bordeando o cerca del camino; pero la nieve, que cubría casi por completo los nacientes trigales, hacía que no se viera ni a un solo obrero de los “koljoses”, de importación soviética.

En la carretera de Verneuchen se separaron. Los coches segundo y cuarto continuaron por la carretera en dirección a Berlín, para alcanzar sus barriadas orientales, donde no les faltaban refugios. Los otros dos siguieron adelante por el mismo camino transversal, tomaron otro paralelo a las carreteras que convergían en Berlín y se detuvieron en una enorme casona, donde salió a recibirles un enfurecido mastín.

Por una ventana se asomaron un anciano y un joven en actitud sospechosa. Una mujer de mediana edad salió de la casona y tras mirar, a los ocupantes de los coches con prevención, reconoció al americano y gritó:

—¡Ven, “Tigre”, ven!

Pese a la energía de la llamada, tuvo que repetirla tres o cuatro veces antes de que el furioso mastín se decidiera a obedecer gruñendo. La mujer lo ató con una cadena, y solo entonces se decidieron a descender de los vehículos los recién llegados.

—¡Hola, Joe! —gritó el joven que estaba asomado a la ventana, al lado del viejo.

Sus palabras las acompañó de un saludo con la diestra armada de un fusil. Un hombre de mediana edad y rostro anguloso salió de la casa empuñando otro fusil, que dejó apoyado contra la pared.

—Venimos a quedarnos aquí por tiempo indefinido. Tal vez tres o cuatro días —dijo el capitán Keepler, dirigiéndose hacia él.

—Ya sabes que puedes disponer por completo tanto de la finca como de nosotros.

—Hemos tenido alguna dificultad con los rusos, y no sería muy difícil que llegaran hasta aquí. Habría que ocultar los coches en el pajar, cubriéndolos de heno.

—Se hará lo que sea preciso. ¿Os siguen de cerca?

—No. Es una simple medida de precaución.

Los demás ocupantes de los coches se habían ido apeando, y

todos rodeaban a Anna Grossmann, que ya había sido debidamente informada por Berta de cuanto sucedió.

—No debisteis sacrificar la vida de tantos compañeros por salvar la mía —dijo la joven rubia, que había experimentado un profundo cambio, volviendo la belleza y la inteligencia a enseñorearse de su rostro y sus ojos.

—Todos hubiéramos dado gustosos nuestra sangre por la tuya, Anna —replicó Hager—. ¡Si supieras el rudo golpe que hemos recibido al encontrarte sin conciencia de ti misma, convertida en un robot, colocándonos aquel disco de tu espionaje al servicio de América y de tu traición a nuestro pueblo...!

—¿Qué te han hecho esos asesinos para dejarte en aquel estado? —preguntó Strong.

Anna se estremeció violentamente.

—No quiero ni acordarme, aparte de que tampoco lo recuerdo muy bien. Ya os lo explicaré más tarde. Ahora me duele mucho la cabeza —se excusó, dirigiendo una sonrisa amplia a Keepler, que se acercaba al grupo en compañía de los tres hombres de la finca.

—El señor Ersatz os dirá dónde tenéis que esconder los coches, muchachos. Ayudadle. Hay que cubrirlos de heno —dijo el americano. Luego cogió de un brazo a Anna y añadió—: Vamos adentro, Anna. Aquí nos hallamos en puerto seguro. Los señores Ersatz son unos buenos compañeros.

CAPÍTULO IX

EN un rato estuvieron los coches perfectamente ocultos y la comida preparada. Se sentaron todos a la mesa menos el hijo menor del granjero, que se quedó de centinela en la torre del edificio.

Durante la comida se generalizó la conversación sobre los acontecimientos de horas antes, sin que Anna y Keepler pudieran hablar a solas.

Hager se encargó de aguar la fiesta y de preocupar a todos, al decir:

—No os sintáis tan optimistas. Los caminos están tan embarrados que, si los rusos se lo proponen, no les costará mucho esfuerzo seguir las huellas de los neumáticos hasta aquí.

Se desataron los comentarios. Ersatz, el viejo granjero parecía más inquieto de lo conveniente, escuchando en silencio los comentarios, y el capitán americano se creyó en el deber de decir para serenarle:

—Lo que dice Hager sería cierto si no hubiéramos recorrido unos cuantos kilómetros por la carretera de Kustrin, donde han desaparecido todas las huellas. No resulta fácil hallarlas de nuevo al tomar el camino transversal, máxime, teniendo en cuenta que al comienzo estaba lleno de charcos, donde no puede quedar la menor huella de ruedas.

Lo que terminaba de decir solo era cierto en parte.

Anna lo comprendió así y le sonrió. Hager y el conductor del otro coche podían discutirse, pero prefirieron no hacerlo; de tal manera, que se serenaron los ánimos bastante.

Un rato después, cuando por fin consiguieron quedar solos Anna y Keepler en la torreta, después de brindarse a relevar al menor de los Ersatz, dijo ella:

—No me gusta el viejo Ersatz. El miedo es el peor consejero para casos como este.

—No te preocupes de eso. Es lógico que después de los comentarios alarmantes que se han hecho en la mesa estuviera algo preocupado.

—No estaría de más que procurásemos llegar a Berlín cuanto antes, lo que podríamos hacer aisladamente o por parejas, sin grandes dificultades.

—Ya lo estudiaremos. Ahora hablemos de ti, Anna. Hay muchas cosas que no comprendo. ¿Quién era aquel hombre que te acompañaba en el palco del teatro y que en el hotel figuraba como tu marido?

—¿Te sientes celoso a estas alturas, George? —sonrió divertida.

—Sí, no pretendo negarlo; pero no se trata de eso exactamente. Has estado unos días en el Berlín occidental, y ni yo ni tus compañeros de organización hemos sabido nada de ti. A no ser porque el azar me llevó aquella noche a la Komodie, hubiéramos seguido considerándote muerta.

—Tenía mis motivos para obrar así.

—¿Quién era ese Paul Lethermann?

—Alguien conocido por ti. El coronel Alexis S. Boulanief, comandante militar de Smolensko hasta hace tres meses escasos, y...

—Exjefe de operaciones del 4.º Cuerpo de Ejército soviético.

—Exacto. Cayó en desgracia últimamente y se le anuló políticamente con el cargo de comandante militar de Smolensko, en cuya prisión me habían internado a mí a perpetuidad.

Sonrió al ver la extrañeza y el estupor dibujado en el semblante de Keepler; y tras una breve pausa, continuó:

—Los primeros tiempos recibía sus visitas a la prisión en razón de su cargo. Estaban dispuestos a obtener como fuera información sobre el movimiento de resistencia alemán, y nadie mejor que yo para procurárselo. Así, me hicieron objeto de amenazas, castigos y promesas, queriendo comprar mi conciencia. Después...

Vaciló. Keepler la miró a los ojos, e inquirió con voz ronca:

—¿Después...?

—Se enamoró de mí y continuó visitándome.

—¡Ya! Y tú también te enamoraste de él. Pensabas que yo estaba muy lejos y que nada podía hacer por ti, mientras que él...

—¿Es posible que pienses eso de mí, George? —exclamó Anna con viveza, dolorida—. ¿No te he dado suficientes pruebas de entereza?

Keepler fue a acodarse en el alféizar de la ventana más próxima, con las facciones contraídas y sin contestar. Ella le miró sorprendida. Luego avanzó hasta él, le cogió de la barbilla, le levantó la cara y le sonrió, diciendo con voz mimosa:

—No seas niño, George. ¿No sabes que te adoro?

No le pareció muy convincente aquello y le besó en los labios, consiguiendo sacarle de su apatía y que la abrazase y prolongara el beso.

—Os inscribisteis en el hotel como matrimonio y ocupasteis unas habitaciones comunicadas interiormente; Anna, ¿por qué? —volvió a inquirir el capitán del Servicio de Información americano, con menos brusquedad que anteriormente.

—Deja que te lo explique todo, aunque sea a grandes rasgos, George. En la prisión de Smolensko se enamoró de mí y comenzó a visitarme sin acompañamiento. Dejaron de martirizarme desde entonces. Creí que se trataba de un nuevo método para hacerme hablar, pero decidí jugar con fuego, y le animé hasta conseguir trastornarle por completo.

Keepler frunció nuevamente el ceño pero Anna Grossmann estaba dispuesta a justificarse cuanto antes y continuó, no dándose por enterada:

—No me fue difícil entonces hacerle comprender que su nombramiento de comandante militar de Smolensko era el primer paso en el camino de su desgracia, cuyo último jalón no podía ser sino un campo siberiano o el paredón de ejecuciones.

—Y le propusiste escapar al oeste, brindándole asilo político, ¿no?

—Sí. Insistí muchas veces, sin gran resultado. Tenía una mentalidad distinta a la nuestra, formada en el régimen soviético, y se sentía comunista hasta la medula, y enemigo mortal de los países que llamaba capitalistas. Fue necesario que diera el batacazo para abrir los ojos a la realidad. Una noche se presentó en la Comandancia Militar el coronel Corbin, procedente de Moscú, y

destituyó a Boulanief, deteniéndole en su domicilio; pero él reaccionó con audacia y rapidez, recordando las advertencias que yo le había hecho; y faltando a su juramento de no abandonar su domicilio, se presentó en la prisión ordenando que abrieran mi celda para llevarme a la Comandancia a tomarme declaración. Aún no conocían su destitución, y obedecieron sus órdenes. En la calle me lo contó todo. Estaba dispuesto a marchar conmigo lejos de Rusia, al Brasil.

—¿No os persiguieron?

—Sí, desde el día siguiente. Pero Boulanief contaba con medios y buenas amistades, y al cabo de diecinueve días lográbamos llegar al Berlín occidental, tras pasar nuestras aventuras y no pocos apuros. Aquel mismo día contábamos con una documentación falsificada por una agencia y destruimos la que nos había servido en nuestra fuga, también falsa. Él quería que tomáramos un avión para Río, y yo intentaba arrancarle más confesiones e información sobre las órdenes secretas y disposiciones militares del 4.º Cuerpo de Ejército, sobre todo en sus relaciones con el Gobierno de Pankow y en caso de un alzamiento armado del pueblo alemán. Pero los rusos nos debieron localizar de alguna manera, y estaban demasiado interesados en que Boulanief no propagara lo que conocía. El resto ya lo conoces. Han tratado por todos los medios de asegurarse de lo que me había contado el coronel y de sus posibles contactos con vosotros, los americanos. Naturalmente, no he descubierto nada de lo que me dijo.

—Tal vez haya sido así mientras fueras dueña de tu conciencia; pero no solo habrás declarado cuanto sepas bajo el efecto de las drogas que te hayan aplicado, sino hasta lo que es falso, como lo demuestra la declaración que repetías con la monotonía de un papagayo. ¿Qué te contó Alexis Boulanief de importancia militar o política?

—Bastantes cosas y muy importantes, pero era de naturaleza reservada e incapaz de traicionar a los suyos. Eso dificultó mucho mi labor, y la pistola de su asesino nos privó de él demasiado pronto.

Mientras Anna Grossmann hablaba, el americano se había retirado del alféizar, y —medio oculto— miraba a lo lejos con interés. La joven se dio cuenta de que no le hacía caso y de su

vigilante actitud, e inquirió:

—¿Algo sospechoso?

—No lo sé. Un camión descubierto cargado de hombres. Pueden ser soldados o campesinos de cualquier colectividad. No se les puede distinguir bien, aún.

Anna se asomó.

—El camión es ruso —dijo—. Por si acaso, no estaría de más que avisáramos a los otros.

Distaba más de un kilómetro y marchaba con cierta lentitud por el camino que pasaba a corta distancia de la casa. Anna bajó de la torreta para prevenir a sus compañeros. Keepler se quedó arriba vigilando. No tardó en poder distinguir a los ocupantes del camión. Eran soldados soviéticos. Seguramente iban en busca de ellos. Tal vez habrían seguido las huellas de los neumáticos o hubieran preguntado a alguien que vio pasar los dos coches. Esperó hasta ver que el camión tomaba el camino particular de la finca. Entonces, bajó precipitadamente.

En el primer piso casi tropezó con el menor de los Ersatz, que subía a buscarle, presa de gran nerviosismo.

—Vienen directamente aquí, Joe; escóndete enseguida —dijo.

—¿Dónde están los muchachos?

—En el pajar. Si los rusos descubren los coches, les atacarán.

—¿Y Anna?

—No lo sé; se quedó hablando con mi padre. Date prisa, Joe; ¡no hay tiempo que perder!

—Si no dominas tus nervios, tú mismo descubrirás nuestra presencia. Ve a recibir a esa gente y no te preocupes de mí. Dales toda clase de facilidades para registrar la casa. ¿Vas armado?

—Sí. Podrías esconderte en el desván o en un armario.

—Prefiero oír vuestra conversación. Si han seguido las huellas de los autos o los obreros de otra finca nos han visto entrar aquí, será inútil el disimulo, y tendremos que presentarles batalla, aunque muramos todos.

El joven Ersatz perdió un poco el color, pero no dijo nada, sino que marchó precipitadamente hacia las escaleras. El americano se encaminó a una de las habitaciones con ventanas en la fachada y se asomó tras los visillos.

El camión avanzaba por el barrizal, sin grandes prisas. Algunos ocupantes de la caja del vehículo habían preparado sus armas de repetición o ametralladoras, pero aquello bien podía ser una simple medida precautoria al acercarse a una casa.

Se detuvo al vehículo a unos cincuenta metros del edificio, y los militares saltaron al fango con decisión, desplegándose en abanico. Era un pelotón completo, con sus mandos subalternos y un oficial. Casi la mitad de los hombres iban armados de fusiles ametralladores ligeros.

El oficial, un cabo y cuatro soldados se adelantaron hacia la casa. Los dos hijos de Ersatz salieron a su encuentro. Había desaparecido, al menos externamente, todo signo de nerviosismo. Desde una ventana del primer piso, el capitán Keepler montó su metralleta y esperó expectante.

—Salud, camaradas —saludó Ernest, el mayor de los Ersatz, con una amplia interrogación en los ojos—. ¿Desean calentarse y beber un vaso? —añadió, por decir algo.

—¿Dónde están escondidos esos hombres? —preguntó el oficial con acento duro.

—¿Qué hombres, teniente? Supongo que se trata de una broma —replicó con viveza Henry, el hermano menor.

Su hermano había hecho un gesto de sorpresa. Los cuatro soldados y el cabo se mantenían alerta, unos pasos más atrás. Los otros se habían quedado cerca del camión, desplegados y con las armas preparadas, cual si estuvieran dispuestos a tomar la finca al asalto.

—Es inútil que finjan. Hemos sido informados del paso de unos coches por este camino, y las ruedas se dirigen directamente aquí. Hagan que salgan esos bandidos de la casa, o abriremos fuego —alegó el oficial.

No parecía muy convincente su tono de voz. Ernest se dio cuenta de ello, y pensó que, de tener la seguridad de lo que decía, el oficial ruso habría obrado de otra manera, por lo que se apresuró a decir, queriendo adelantarse a cualquier acción de su hermano:

—Tenemos un viejo “Mercedes”, y las huellas de los neumáticos corresponden a él. No es posible de otra manera, puesto que yo no me he movido de aquí, y puedo asegurarle que desde hace días son ustedes los primeros que han venido a visitarnos con un vehículo.

Si cree que aquí se oculta alguien, pasen y registren la casa.

Su acento era tan firme y convincente, que el oficial vaciló y miró hacia atrás, queriendo ver donde terminaban las señales de los neumáticos. Los guerrilleros habían tenido buen cuidado de borrar las huellas que conducían al lagar, lo que no les fue difícil, pues frente a la casa el suelo estaba empedrado.

—Pasad y no dejéis nada sin registrar. Si encontramos a los fugitivos o nos atacan, serán ustedes pasados por las armas por auxilio a la rebelión —añadió, mirando duramente a los dos alemanes.

Desde detrás de los visillos, el capitán Keepler no podía oír la conversación. Pero le era fácil comprender la alteración del oficial soviético, y al ver que este empuñaba su pistola, interpretó torcidamente la acción, y apuntando brevemente su metralleta, disparó contra el teniente ruso, el cual, alcanzado de lleno en el pecho, dio un salto atrás alzando violentamente los brazos, y cayó aparatosamente.

Enseguida, el arma del americano vomitó plomo contra el cabo y los cuatro soldados. Ernest retrocedió de un salto e intentó empuñar su pistola. El cabo le acribilló a balazos antes de que pudiera lograrlo, y él mismo fue víctima del fuego de Keepler, lo mismo que otros dos soldados. Los restantes saltaron en distintas direcciones y pudieron evitar los mortíferos efectos de la primera ráfaga destinada a ellos.

Henry aprovechó la confusión para empuñar la pistola y disparar contra uno de los supervivientes rusos, al tiempo que corría hacia la entrada. Una descarga cerrada de los demás soldados le alcanzó en la misma puerta arrancándole un alarido de muerte y la vida. Su padre le vio caer y se precipitó hacia él con un grito de dolor. Otra bala le cortó el camino y le hizo caer de rodillas, estremeciéndose.

Una lluvia de balas agujereó los cristales de la ventana desde la que disparaba el capitán americano, el cual vióse obligado a retirarse e ir en busca de otro hueco.

Al asomarse, vio que las dos escuadras de supervivientes avanzaban hacia la casa desplegados en guerrilla. Inmediatamente, un par de soldados abrieron fuego contra él; pero la iniciativa estaba de su parte, y con una ráfaga corta hizo morder el fango a

dos enemigos, antes de retirarse de nuevo y oír las balas que silbaban por la habitación, tras atravesar los cristales con sendos golpes secos.

Corrió hacia otra habitación, pensando qué estarían haciendo los aguerridos muchachos de las escuadras de choque de “Alemania Libre”, que no intervenían en la lucha.

Por el corredor vio a Anna, que marchaba en dirección contraria, armada de un fusil alemán de la última contienda, perteneciente a los dueños de la casa.

—¿Sabían que estábamos aquí? —preguntó con gran dominio de nervios.

—Eso creo. De no ser así, no hubiera abierto el fuego. ¿Quién queda armado en la casa?

—No lo sé. Acabo de salir de mi escondite al oír el tiroteo, y al oírte disparar iba a tu encuentro.

—Está bien. Defiende la escalera, entonces. Procuraré hacerles algunas bajas desde las ventanas y después acudiré en tu ayuda ¡Ten cuidado! Ernest ha muerto, pero deben estar por allá abajo Henry, su hermana y su padre.

—Está bien, haré lo que pueda.

Anna Grossmann corrió hacia las escaleras. Estaba avezada a la lucha armada contra los invasores de su país, y no tenía miedo. Keepler entró en otra habitación. Al tiempo de llegar a la única ventana, se inició un violento fuego de armas ametralladoras. Debía tratarse de los guerrilleros, que habrían entrado en acción desde la puerta del lagar.

Se asomó. Los rusos habían sufrido algunas bajas. Solo vio a un cabo y tres soldados armados de fusiles ametralladores que, cuerpo a tierra, sobre el fango, concentraba valientemente su fuego contra la izquierda de la casona, donde se encontraba el lagar, que el americano no podía divisar sin asomarse al exterior.

El cabo se revolcó en el fango, dejando a un lado su fusil ametrallador. No por ello abandonaron la lucha los otros tres. Keepler apuntó a uno de ellos y apretó levemente el gatillo. La ráfaga corta llegó a su destino. Con unos cuantos impactos en la espalda, el hombre se estremeció espasmódicamente un instante, y luego quedó inmóvil.

Los otros dos continuaron disparando contra los alemanes. En realidad no podían hacer otra cosa, y no había manera de defenderse de los tiros de Keepler, que se encontraba situado a mayor altura. Al americano le pareció mal disparar a sangre fría contra ellos, y apuntó a las piernas de otro, al tiempo que alguien disparaba desde el interior de la casa.

El soldado ruso lanzó un grito de dolor al ser herido en las piernas y dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo. Su compañero le miró. Estaban separados unos diez pasos. La breve pausa les fue fatal a los dos. Los guerrilleros les alcanzaron con su mortífero fuego. Keepler ya no tuvo ocasión de verlo, pues tras disparar salió corriendo de la habitación, ya que seguían sonando las detonaciones en el interior de la casona.

Vio a Anna cargando el fusil, un poco retirada de la escalera.

—¿Muchos enemigos? —le preguntó.

—Uno solo, y armado de fusil de repetición, como yo. Está herido en el hombro, y es más escurridizo que una anguila. ¿Cómo va la cosa por ahí afuera? Hace un instante que ha cesado el fuego.

En vez de contestarle, Keepler dijo a voces:

—Sus compañeros han muerto todos menos dos que se han rendido. Ríndase usted también o correrá la misma suerte.

—¿Es cierto? —dijo Anna en voz baja.

—Cuando vine solo quedaban un herido y uno ileso, ambos al descubierto —respondió con el mismo tono de voz.

El ruso no contestó. George repitió la intimación, con idéntico resultado. La respuesta les llegó del exterior, en forma de unas ráfagas de metrallata y de un aullido de muerte.

—Debe ser el herido, que habrá intentado huir —comentó Anna.

Probaron a asomarse dos o tres veces, sin que nadie disparase contra ellos. Después oyeron la voz de Hager decir:

—No tiene salvación. ¡Pobre familia! Les hemos traído el exterminio.

—¿Qué habrá sido de Anna y de Joe? —inquirió a su vez Strong.

—¡Estamos aquí! —respondió el americano, comenzando a descender.

Anna le siguió. A corta distancia del pie de la escalera yacía la hija de Ersatz, la mayor de los hijos, con dos heridas en el pecho. Respiraba fatigosamente y su palidez era mortal.

—¿Qué ha sido de su padre y de Henry? —inquirió Keepler.

—Están muertos en la misma puerta —respondió Hager, que estaba arrodillado ante la mujer, observándola con las facciones contraídas.

—¿Habéis tenido muchas bajas?

—Kauster ha muerto, y otros dos están heridos de poca consideración. ¿Qué haremos, Joe? Aquí no nos podemos quedar. El tiroteo habrá sido oído desde las casas de labor más próximas. No estuviste muy acertado al traernos aquí.

—No podíamos arriesgarnos a seguir hasta Berlín. Lamento haber sido la causa más o menos indirecta de la desgracia de los Ersatz. Pero estoy por asegurar que ellos no hubieran deseado otra clase de muerte. Algún día vuestra patria se lo agradecerá.

La campesina abrió los ojos y buscó con la vista a “Joe”. El dolor desapareció por un instante de su rostro y hubo en él una expresión serena. Las pupilas le brillaron con fiero, casi orgulloso reconocimiento.

Anna Grossmann se arrodilló junto a ella y le sonrió con tristeza, diciendo unas palabras de aliento, de esperanza; palabras dictadas por la misericordia, pero huecas de contenido para María Ersatz, que se sentía orgullosa de morir por su patria y exhaló su postrer suspiro sin un lamento, sin una queja.

CAPÍTULO X

COMENZABA a oscurecer cuando los coches abandonaron “Ersatz Haus”, convertida en cementerio y capilla ardiente. Durante aquellas horas nadie les había molestado, pero transcurrieron entre inquietudes y zozobras.

El capitán Keepler no era partidario de abandonar la casona, pero tuvo que ceder a los ruegos de Anna Grossmann y al deseo de todos de arriesgarse a entrar en Berlín, fuera como fuese, con tal de verse definitivamente a salvo.

Contra lo que temían, no tuvieron ningún mal encuentro hasta entrar en la ciudad. Habían pensado abandonar los coches a corta distancia y entrar a pie, en pequeños grupos; pero sobre la marcha variaron de opinión, y entraron por un camino vecinal y por una calle cualquiera de los suburbios.

Pero no quisieron arriesgarse más. Los vehículos estaban salpicados de barro, y no podían exponerse a transitar por las calles de aquella forma, convencidos como estaban que tanto el Ejército de ocupación como la Policía estarían movilizados.

Abandonaron los coches en una calleja oscura, en una casa derruida, y, esquivando las arterias concurridas, se encaminaron a casa de un miembro de “Alemania Libre” que no vivía lejos de allí, en pequeños grupos. Pese a tales medidas, tuvieron que ocultarse en dos ocasiones al cruzarse con dos patrullas de vigilancia armadas hasta los dientes.

Luego, la situación se hizo más delicada al llegar a la calle Telman, que tenían que cruzar para llegar a casa del miembro de la Organización clandestina, que vivía muy cerca de allí. Vieron a una pareja de hombres vestidos de paisano que detenían a los transeúntes, les pedían la documentación y les cacheaban.

—Hay que volver atrás —dijo Keepler, el cual marchaba

delante, acompañando a Anna.

—Imposible, George; están tomadas todas las bocacalles.

Era cierto. Se veían grupos de gente detenida en todas direcciones, incluso en la bocacalle por la que desembocaban en aquel momento Hager, Berta y Strong.

—Entonces nos abriremos paso —decidió el americano.

—Refrenemos el paso para reunirnos todos. Esta parece una ratonera: dejan entrar en la calle, pero no salir. Será conveniente escabullirnos hasta la otra esquina para estar cerca de casa Sbelt.

Lo hicieron así, acortando el paso. A la derecha quedaba un grupo de personas, esperando ser cacheadas para continuar su camino. Un policía se llevaba a tres hasta un coche celular estacionado a corta distancia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hager, alcanzando a “Joe” y Anna.

—Atacar a los policías de la próxima esquina. Basta con dejarles sin conocimiento, sin detonaciones que puedan atraer a los demás.

—No lo creo fácil. ¿Nos dejarán llegar hasta allí?

—Sí. Solo detienen a los que intentan abandonar la calle.

—¿Por qué no nos metemos en una casa cualquiera y por los tejados alcanzamos la calle de atrás?

—Somos muchos y llamaríamos la atención. Además, las heridas de Krowell y Kant les vedan los ejercicios violentos. Avisa a los demás. Que se mantengan a la expectativa. Strong, tú y yo seremos los que actuaremos.

Hager se paró para encender un cigarrillo. Al pasar junto a él Strong y Berta, les dio las instrucciones recibidas, y continuó allí, esperando a los demás, que llegaron en otros dos grupitos. En total eran nueve, incluyendo a las dos mujeres y a los heridos.

Anna y Keepler llegaron a la esquina. Había dos policías, revisando la documentación de dos mujeres y un hombre que parecía padre de aquellas.

—Quédense ahí y preparen la documentación —dijo uno de los agentes de la Volkspolizei, mirándoles con detenimiento.

Luego procedió a registrar al hombre, mientras el otro policía devolvía la documentación a una de las jóvenes, le registraba el bolso, y devolviéndoselo, decía:

—Puede seguir —se encaró con Keepler, añadiendo con dureza —: ¡A ver, su documentación!

Acababan de detenerse Berta y Strong. El americano introdujo su diestra por debajo del abrigo y de la americana, con estudiada lentitud, como a desgana, y dijo, sacándola armada de su pistola:

—¿Le sirve esta?

La mano derecha del policía se movió con rapidez hacia el bolsillo del abrigo. El americano añadió, endureciendo la voz:

—¡Quieto o le mato! Métnanse por esa calle sin voces ni movimientos que puedan llamar la atención de sus compañeros.

También Strong empuñó su pistola y encañonó al otro agente, que se había quedado como alhelado ante la inesperada amenaza. Ninguno de los dos tuvo inconveniente en obedecer; pero alguien, en la calle Telman, hizo sonar un silbato. Uno de los policías se envalentonó con ello, y volviéndose bruscamente, atacó a Strong, intentando arrebatárle la pistola. El joven disparó contra él a bocajarro, hundiéndole el proyectil en el pecho, sin importarle ya llamar la atención.

Hager y Hans Smoll, ya cerca del grupo, empuñaron sus metralletas y abrieron fuego sobre tres agentes de la Volkspolizei que acudían corriendo desde la otra acera, donde guardaban la esquina. Los tres fueron barridos por las metralletas. El capitán Keepler disparó a sangre fría sobre el otro policía, no pudiendo perder tiempo en hacer otra cosa ni permitirse el lujo de dejarle libre.

Todo sucedió en contados segundos, sin que apenas las dos jóvenes y su padre llegaran a formarse cabal idea de lo sucedido. Los fugitivos echaron a correr por la calleja. Hager y Smoll se quedaron un poco rezagados para cubrir la retirada con sus armas, y desde la siguiente esquina se cruzaron unos cuantos disparos con algunos policías, mientras los demás se metían en un portalón semiderruido, atravesaban una casa en ruinas, salieron a otra calle y se internaron en uno de los edificios recién construidos. En el primer piso llamaron al timbre. Salió a abrir una mujer encinta, de unos veinticinco años. Su rostro se iluminó al ver a Anna, y a Berta. Abrazó a la primera con silenciosa alegría, sonrió a los demás, y dijo en voz queda:

—Pasad. Estamos cenando. ¿Tenéis algo que ver con ese tiroteo

que se oye por ahí detrás?

—Sí, Hellen. Ya hablaremos dentro —respondió Anua, con la respiración entrecortada.

Entraron todos y cerraron la puerta. Strong se quedó escuchando, para abrir en cuanto llegaran Hager y Smoll.

—Todos te creíamos muerta. Me has dado una gran alegría —siguió diciendo la dueña de la casa, llevando abrazada por la cintura a Anna.

Entraron en el comedor. Un joven de unos treinta años se sorprendió un tanto al verles. Keepler cortó en seco sus saludos.

—No tenemos tiempo que perder, Sbelt. Hemos matado a unos cuantos policías en Telman Strasse, y nos persiguen. Nos quedaremos aquí. No es difícil que den con nuestro paradero, y nos tendremos que defender. Marchaos tú y Hellen.

—Nos quedaremos con vosotros. ¿Verdad, Hellen? —decidió Sbelt sin vacilar.

—Una familia completa ha muerto ya por nuestra culpa hace solo unas horas. No volvamos a repetir la tragedia. Además, necesitamos que sirvas de enlace. Aquí no nos seríais de ninguna utilidad.

—Eso es distinto. ¿Qué tengo que hacer?

—Id a la Comandancia de mi país y presentaos al coronel Dawson. Explícale que estamos aquí con Anna y con la Policía encima. Necesitamos ayuda para pasar al Oeste. Él ya sabrá lo que tenga que hacer. Las fuerzas de ocupación y la Volkspolizei están movilizadas. En la prisión de Strausberg no hemos dejado títere con cabeza y hemos liberado a todos los presos. Que curse instrucciones para recoger al mayor número posible de ellos. Todos se dirigirán a Berlín, más o menos directamente. Vosotros quedaos allí hasta que sepáis si podéis volver a esta casa sin peligro.

—De acuerdo. Abrígate bien, Hellen. Y mucha suerte.

Estrechó la mano de Keepler, de Anna y de otros dos que conocía. Luego salió a buen paso del comedor. Su mujer había salido antes, acompañada de Berta. Keepler se dedicó a recargar la pistola automática y la ametralladora. Los demás le imitaron. Entraron casi al mismo tiempo Berta, Strong, Smoll y Hager.

—¿Qué pasó? —preguntó Anna.

—Les hemos contenido simplemente, sin ninguna baja. Las metralletas les imponían respeto y tengo la seguridad de que no nos molestarán en un rato.

—Situaos estratégicamente por las habitaciones que dan al corredor. Yo subiré al tejado a echar un vistazo. Berta, a ti se te dan bien esas cosas. Harás las funciones de ama de casa y saldrás a recibir a quienes tengan la gentileza de visitarnos. Que nadie dispare si no es absolutamente preciso y, sobre todo, sin que Berta se haya puesto a cubierto —ordenó el capitán Keepler.

—Les invitaré a que echen un vistazo por el interior. Cuando ya estén dentro, lo demás corre de vuestra cuenta —dijo Berta, que parecía haberse eclipsado con la esplendorosa presencia de Anna.

* * *

El coronel Dawson escuchó con interés las explicaciones de Sbelt. También el ruso Koliev escuchaba en silencio.

—Alójese con su esposa en cualquier hotel. Los gastos corren de nuestra cuenta —dijo el coronel.

El alemán quiso protestar, pero Dawson descolgó el teléfono, y le interrumpió diciendo:

—Haga lo que le digo, Sbelt, y déjenos solos ahora. Esos muchachos necesitan ayuda inmediata.

—Tal vez yo pueda serles de utilidad —apuntó el ruso.

—¿Cómo, Koliev?

—Como usted mande, mi coronel. El hecho es que paso al Este sin ninguna dificultad. Ese Keepler es el mismísimo demonio: ¡atreverse a asaltar una prisión, treinta kilómetros en el interior de la zona soviética, y en una ciudad con guarnición!

—¿Ernest...? —inquirió el coronel por teléfono—. Necesito información permanente de cuanto ocurra en el 26 de Schafferstrasse. Vaya por allí y telefonee con frecuencia... No, no; solo observar.

Colgó el aparato, y dirigiéndose al ruso, dijo, mientras pulsaba un timbre:

—Puede tomar uno de los coches y acercarse por allí. Quizá pueda serles de utilidad. Si llega antes de que la Policía haya dado con su paradero, dígale a Keepler que le mandaré la furgoneta

blindada con el teniente Randall y un par de hombres. Que intenten abrirse paso hasta ella. Lo demás corre de su cuenta. Él conoce más que yo el sector soviético y sus posibilidades de refugio. Y que me informe inmediatamente que pueda.

Entró el capitán ayudante a la llamada del timbre. Koliev esperó a que el coronel le ordenase que localizara con urgencia al teniente Randall para despedirse.

Cogió uno de los coches de matrícula particular que había en el garaje de la Comandancia, y por Potsdamer Platz pasó al sector soviético. El oficial del puesto de control le saludó militarmente.

—Dentro de unos minutos pasará por aquí una furgoneta blindada conduciendo a tres hombres, uno de ellos rubio claro, de veintiocho años, pero de cara aniñada. Deténgales —dijo en ruso y con acento autoritario al oficial.

Inmediatamente arrancó y aceleró en dirección a la Comandancia militar soviética, pensando que Anna Grossmann servida así, en bandeja, a Punchef, sucesor de Karbourof le valdría alguna recompensa y ascender algunos puntos en su carrera político-militar. Luego pensó en el capitán Keepler. No era tan popular como Anna Grossmann, pero sí más peligroso que ella. Serían dos presas de capital importancia. No le importaba desenmascararse para una ocasión como aquella, sobre todo teniendo en cuenta que no escaparía ningún enemigo con vida o en condiciones de descubrirle. En último extremo —siguió pensando—, le ascenderían a un cargo más importante y menos expuesto que aquel.

* * *

Desde las ventanas que daban al exterior, los miembros de las escuadras de choque de “Alemania Libre” vieron pasar paisanos, policías y soldados rusos por la calle. Unos a pie y corriendo otros, en vehículos, y todos despistados. Así durante más de veinte minutos. Después la calle quedó en silencio y en paz. Algunos vecinos se asomaron a puertas y ventanas a oliscar, pero el frío les echó de allí, y la calma nocturna pareció dominarlo todo.

No fue larga aquella tranquilidad; tal vez duró un cuarto de hora; después unos diez policías uniformados se esparcieron por allí, hicieron abrir algunas puertas, interrogaron a los vecinos y

acabaron por marcharse. Solo dos parejas quedaron apostadas en los extremos de la calle. La desorientación continuaba.

—Están convencidos de que no hemos podido ir muy lejos y habrán cercado toda la zona. Ya habrán comenzado a registrar casa por casa, y así se pasarán toda la noche hasta que den con nosotros, si no procuramos marcharnos antes —dijo Hager al ver que Anna y Keepler se acercaban a la ventana donde él se hallaba observando.

—Esperemos que el coronel Dawson encontrará algún medio de ayudarnos.

—No esperarás una acción militar...

—Me basta con que mande vehículos y alguien que nos ayude desde el exterior. Si dentro de una hora no tenemos noticias tuyas tomaremos alguna decisión, ya que esta casa es demasiado baja y no es posible la fuga por los tejados.

Hager hubiera querido continuar hablando de aquello, pero los dos jóvenes se alejaron. Transcurrió el tiempo sin novedad. La despensa de Sbelt fue tomada al asalto, lo mismo que los restos de la apenas comenzada cena, y se lo repartieron entre todos. Estaban comiendo cuando entró Strong, que había quedado de vigilancia.

—Un coche acaba de detenerse a unos cincuenta metros, y un hombre ha bajado de él y se ha dirigido directamente aquí —dijo desde la puerta del comedor.

Sin esperar respuesta se volvió a marchar. Otros dos le siguieron. Berta se dirigió a la puerta y se quedó escuchando por la cerradura. Anna se fue hacia una ventana, y los demás continuaron comiendo como si la noticia les importara un bledo.

—¿No le han molestado los policías apostados en la esquina? —preguntó Anna a Strong, tras asomarse a la ventana y ver el coche.

—Le han detenido, pero le han dejado pasar enseguida. Mira, o veo visiones, o aquellas sombras son gente que se mueven como fantasmas queriendo pasar inadvertidos.

Anna miró en la dirección que le indicaba el joven, y vio a los dos policías de guardia en la esquina, contra el quicio de una puerta. Iba a responder, cuando sonó el timbre de la puerta, y marchó hacia allí, diciendo:

—No veo nada.

—Deseo hablar con el capitán Keepler —dijo Koliev al abrirle

Berta la puerta y mirarle inquisitivamente.

—Aquí no vive ningún capitán Keepler. Mi padre es un simple ajustador mecánico —respondió la jovenzuela con aplomo.

Anna llegó a tiempo de intervenir. Recordaba la cara de Koliev. Se había saludado alguna vez con George, yendo ella con este.

—Pase —dijo—. ¿Qué desea de él?

—Es un asunto particular, aunque creo que interesa a todos ustedes por igual. Vengo de parte del coronel Dawson. ¿Dónde está Keepler?

Este había oído la conversación desde el comedor, y reconociendo la voz de Koliev, salió, diciendo:

—¿Qué órdenes trae?

—Que usted, Anna Grossmann y los de mayor responsabilidad vengan conmigo. Tengo abajo un coche. Les conduciré a un callejón donde les espera una furgoneta blindada con el teniente Randall y después volveré por los restantes.

—El capitán y yo nos quedaremos para el segundo viaje. No es justo que los más responsables abandonen la posición de peligro los primos —dijo Anna.

—Hay un inconveniente: dos parejas de policías guardan, las esquinas de la calle —dijo “Joe”.

—Mi documentación solucionará ese obstáculo. Ya he pensado en ello —alegó Koliev—. Y la orden que tengo del coronel es que primero salgan los más responsables.

—Por lo menos una veintena de hombres avanzan hacia aquí, saltando de puerta en puerta —dijo Hans Smoll, que llegó corriendo.

—¿Estás seguro? —inquirió Keepler.

—También Strong aseguró ver unas cuantas sombras desplazarse, George —dijo Anna, mirando fijamente al ruso—. ¿Estás seguro de que este hombre no es un traidor?

En aquel momento, una ametralladora inició una canción de muerte, coreada por ayes de dolor. En el interior de la casa se produjo un gran revuelo. En la calle, las voces más agudas de las pistolas ametralladoras comenzaron a tabletear.

—¿Qué es eso, Koliev? —inquirió el americano, empuñando su pistola automática con rapidez.

El ruso no estaba en condiciones de contestar. Lo comprendía menos que nadie, pero todas las miradas estaban fijas en él, acusadoras, y temiendo por su vida, dio un salto, salvando el umbral al tiempo que cerraba de un portazo. Keepler disparó cuatro veces consecutivas contra la hoja de madera. Un alarido de muerte fue la inmediata respuesta. Anna se lanzó hacia la puerta y la abrió de golpe, en el momento en que el ruso rodaba escaleras abajo en actitud macabra.

Llegó Strong con la noticia. Una furgoneta se había abierto paso con fuego mortífero y se había detenido delante de la casa. Las ráfagas se sucedían furiosamente.

—Es la blindada. Tenemos que acudir en su ayuda antes de que lleguen más enemigos atraídos por el tiroteo —dijo el capitán americano desenfundando su metralleta y corriendo escaleras abajo.

Todos le siguieron, a excepción de los que se encontraban en las ventanas, que iniciaron el fuego desde allí.

—¡Venga, George, subid todos! No les dejaremos que asomen la cabeza —gritó el teniente Randall desde el blindado.

En efecto, la ametralladora y dos metralletas disparaban con tal intensidad, que los enemigos supervivientes se habían escondido en los portales y no osaban asomarse, convencidos ya de que sus balas no hacían el menor daño y de que era peligrosísimo cruzar la calle.

Los de las ventanas bajaron precipitadamente, cuando ya los demás se acomodaban en el vehículo blindado con el aspecto inofensivo de una furgoneta comercial. Keepler la conocía. Los cristales eran a prueba de bala, y la ametralladora ligera de que iba armada, quedaba oculta en un departamento secreto normalmente. Cuando se deseaba, automáticamente se abrían unas estrechas mirillas para disparar. Hizo accionar algunas y se dispuso a ametrallar a sus invisibles enemigos cuando pasaran frente a ellos. Hager fue el último en subir, y dijo risueño:

—¡En marcha!

Arrancó el vehículo. Desde los quicios de las puertas abrieron inútilmente fuego contra ellos los soldados rusos, mandados personalmente por el propio comandante Punchef, que cayó acribillado a balazos como la mayor parte de sus hombres.

En una calle cercana, un jeep patrullero de la Volkspolizei tuvo

la humorada de cerrarles el paso, y todos sus ocupantes fueron segados por las balas de la primera ráfaga.

También intentaron detenerles en la barrera interzonal de Unterden Linden; pero no obedecieron y aguantaron sin contestar el fuego inofensivo de los soldados rojos.

Un estruendoso hurra se escapó de todas las gargantas al llegar al puesto de control americano. Anna Grossmann y el capitán Keepler se abrazaron y unieron sus labios en apretado beso.

—Tengo solicitado un permiso de tres meses. Espero que esta vez sí lo aprovecharemos para pasar nuestra luna de miel en América —dijo él, sonriente.

Berta se mordió los labios casi hasta hacerlos sangrar, y se achicó en un rincón. Hager se percató de lo que le sucedía, y acercándose a ella, dijo en voz baja, cogiéndole una mano:

—Hace tiempo que me gustas, Berta; pero siempre temí decírtelo por si me rechazabas. ¿Por qué no formamos también nosotros un hogar?

Ella levantó la cabeza y le miró agradecida; luego, volvió la vista a “Joe” con angustia.

—Gracias —dijo—, pero aún soy muy joven para esas cosas.

—Alex y tú nos acompañaréis en nuestro viaje por América, Berta; ¿de acuerdo? —dijo George, mirándola con simpatía.

—Si él y Anna quieren...

—A mí me darías una gran alegría —dijo Anna, abrazándola.

—También Alex querrá; claro que todavía es un muchacho para ti —rio George, recordando las palabras de ella.

—Bueno; también yo soy una muchacha, después de todo —sonrió.

Sus palabras casi fueron ahogadas por los hurras entusiastas de los jóvenes. Hager se sumó a ellos para cubrir su desconcierto.

El blindado arrancó y se internó en Tiergarten.

Algunas parejas muy amarteladas paseaban por las avenidas del parque, islote de paz en un mar proceloso de intrigas y odios.

FIN

George H. White.

El mar devuelve sus muertos

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.